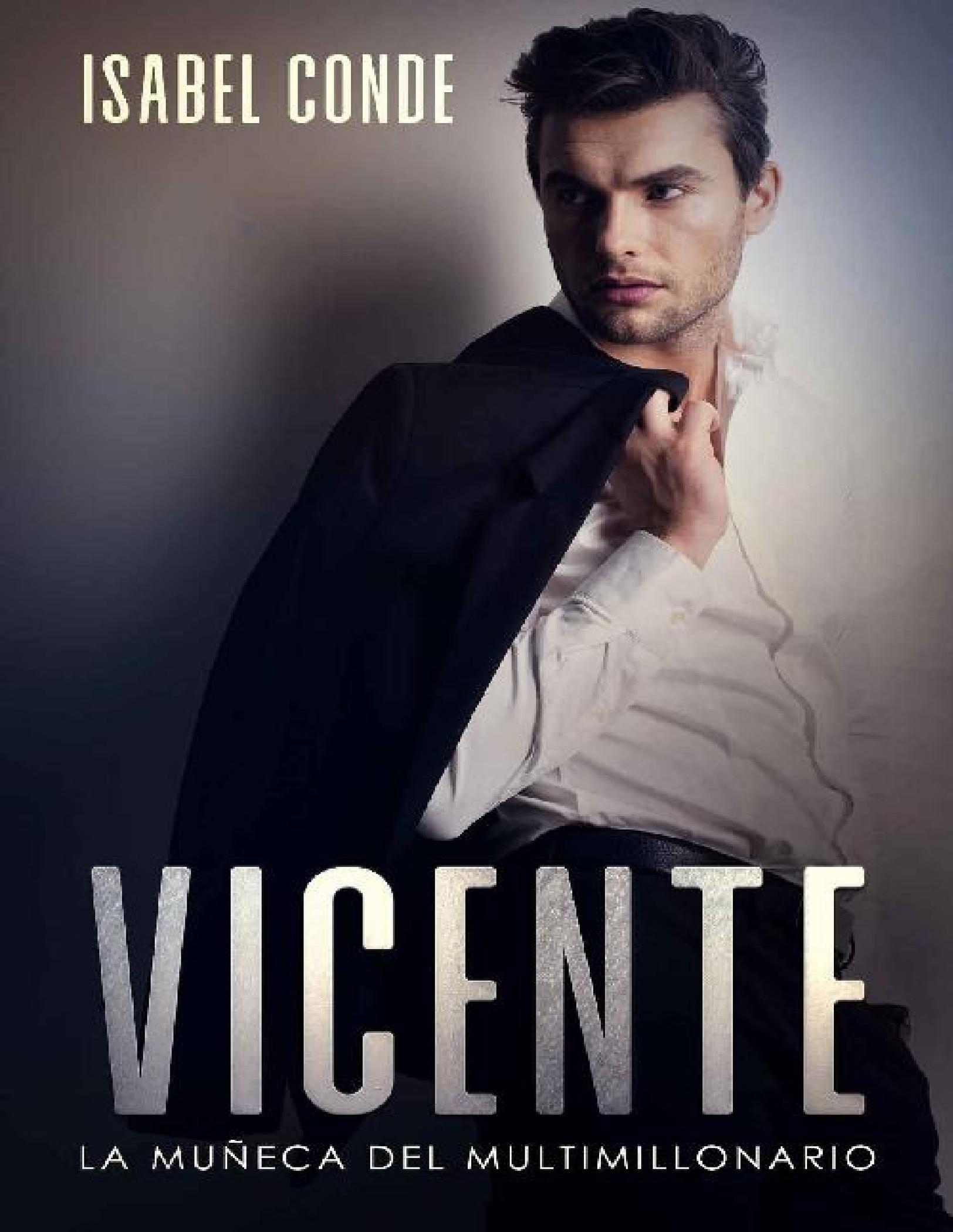


ISABEL CONDE

A man with dark hair and a light beard, wearing a white dress shirt and a dark jacket, is shown from the chest up. He is looking directly at the camera with a serious expression. His right hand is raised, with his index finger pointing upwards. The background is a soft, out-of-focus grey.

VICENTE

LA MUÑECA DEL MULTIMILLONARIO



VICENTE

La Muñeca del Multimillonario



Por Isabel Conde

© Isabel Conde 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Isabel Conde.

Primera Edición.

Dedicado a;

Laura, por haberme motivado a escribir.

Belén, por enseñarme lo que es amar.

Siempre he sido una lectora apasionada de novelas, me las he leído todas. Las de romances prohibidos, romances entre una humana con un ser que no es exactamente humano, lésbicos, gays, las más eróticas.

También he tenido mi buena dosis de literatura clásica, libros de terror, distopía, comedias, series para adolescentes. Sí, soy una devoradora de libros, que a veces lee sobre devoradores de cerebro, y otras veces, sobre devoradoras de polla.

Pero no hay ningún género que me guste más que las de romance. Hay algo en ellas que simplemente me atrae. Tal vez es que yo en el amor he sido un desastre, siempre tan desesperada, siempre escogiendo mal, o dejándome ser escogida, también mal.

Esto no pasa en las novelas de romance. Vale, que hay sus excepciones, pero a mí lo que me mola son esos romances que pasan naturalmente, que, no importa los problemas, o las situaciones más absurdas, no importa la orientación sexual, o si el tío es un alienígena y la tiene verde. Siempre terminan por amarse.

Eso sí, también soy crítica, por supuesto que soy crítica. Hace un par de años salió este libro, estaba tan de moda. Grandes promesas para las lectoras como yo, las verdaderas lectoras, las que saben de romance.

Era este libro sobre una tía, la tía más inocente del mundo, de verdad. Graduada de la universidad, nunca ha tenido un novio o una novia, aunque lo mismo es hetero, y, por supuesto, virgen.

Luego la tía comienza a trabajar para esta gran empresa multinacional, con su propio edificio y todo. Es muy torpe, a veces ni siquiera entenece su torpeza, más guiada por su extrema inseguridad, aunque en el libro se le pinte bastante guapa.

Pero, el jefe, su jefe es este multimillonario, un completo imbécil, no cree en el amor, cambia de tía como debe cambiar de calzoncillos, a menos que sea un tío un poco sucio claro, pero, no lo creo.

Claro, esta capa de idiota que tiene encima, la compensa de más con un cuerpazo, un rostro labrado por los ángeles, un estilo para vestirse, los rumores de que es una bestia en la cama y que la tiene enorme, y su capacidad de persuasión.

Ah, y lo peor del caso, el tío es un puto genio, creo su propia empresa a los veinte, y claro, el mismo se hizo la fortuna. En fin, uno de estos personajes, todo un dios, guapo, inteligente, imbécil y rico.

Y la guinda del pastel, un día, el jefe llama a la oficina de esta tía, la que era muy inocente y que nunca había tenido un novio antes, y la invita a una cena. ¡A una cena! Por supuesto que lo que quiere es estrenarla.

Se habría corrido el rumor de que la tía era virgen, y viene este tío imbécil y sin mayor preámbulo le ofrece follársela, como si fuera la beneficencia, como si con aquella “gran obra” pudiera evadir impuestos.

¿Y la tía? Ella es inteligente, ¿Verdad? Es inocente, no dejará que este imbécil la trate como una muñequita sexual, la fantasía de todo millonario con una vida más monótona de lo que se creería.

No. La tía acepta, por supuesto que acepta. Se la follan, le duele, pero le duele rico. El tío intenta desecharla, pero se obsesiona con ella. Y la historia se extiende por cinco novelas, que por supuesto compré el día en que salieron, dos de ellas firmadas por el autor.

Y, el punto es que, creo que odio esa novela, no tiene ningún sentido para mí. Que sí, que me las devoraba en uno o dos días, y eran unos buenos tochos. Pero es que, no puede ser, me niego a

creer que algo así pueda ocurrir en la vida real. Digo, si yo me encontrase en aquella situación, no podría contener la vergüenza propia.

—Michelle, te llama el jefe. —Me dijo la asistente del jefe por la línea corporativa.

—Vale Amanda. Voy en seguida. —Respondí y colgué.

«¿Qué querrá el jefe?», pensé entre preocupada y curiosa, dirigiéndome al ascensor. Ya llevo dos semanas trabajando aquí, una empresa súper poderosa de tecnología. Las oficinas son inmensas, y una buena parte de un edificio le pertenece al jefe, a quien voy a ver.

Conseguí un cargo como su nueva secretaria, nada del otro mundo, pero la paga está bastante bien, además, es un trabajo temporal, porque lo que yo quiero es ser una escritora, solo estoy esperando que un gran rayo de inspiración me golpee.

Pero, durante estas dos semanas trabajando aquí, lo único que me ha golpeado son celos y malos momentos. No es que el trabajo sea malo, es el jefe. Este tío, es completamente intimidante, con su perfecta barba de tres días, y sus cejas que le dan este toque de villano irresistible.

Me trata bien, pero lo mismo me trata como a todas. Siempre está fanfarroneando de una forma u otra. Pero es encantador, incluso si le quitas todos sus millones, pero le dejas la ropa y el cuerpazo, y no deja de ser irresistible.

—Buenos días jefe. ¿Cómo está el día de hoy? —Saludé al jefe una vez dentro de su oficina.

—Buenos días... —Dijo y se quedó dudando por un momento.

—Michelle, señor. —Le recordé, tratando de ser lo más respetuosa que podía.

—Buenos días Michelle, mi querida Michelle. Eres la mejor secretaria que he tenido, y no le digo eso a cualquiera. —Me dijo el jefe, en ese aire fanfarrón.

De verdad que es un descarado este tío. Pero claro que se lo dice a cualquiera, seguro que todas sus secretarias han sido la mejor secretaria que ha tenido. Lo importante es que me preocupo por mi trabajo, no por gustarle o no.

—Muchas gracias, jefe. Es muy amable de su parte. —Le dije, con una sonrisa más grande de lo que habría querido, y probablemente sonrojada.

—Hay varias cosas que quiero pedirte el día de hoy. —Dijo en un tono más serio.

—Vale. —Respondí, y cogí mi libreta y mi bolígrafo, más para verme profesional que porque lo necesitase.

—Lo primero, Michelle. Puedes comenzar a tutearme. Soy un tío joven, atractivo. Te parezco atractivo ¿Verdad? —Me preguntó el jefe.

No esperaba aquella pregunta. Por supuesto que me parece atractivo, a todo el mundo le parece atractivo, probablemente el tío más hetero del mundo lo encontraría atractivo. Pero, vaya pregunta.

—Eh... —Balbuceé, pensando en cómo responder de forma adecuada.

—Claro que sí. —Se respondió a sí mismo sin esperar mi respuesta—. Vamos, puedes tutearme ahora. —Dijo, y me hizo señal para que lo intentase.

—Gracias jefe, entonces puedo tutearme. —Le dije, sintiéndome extraña y aliviada al mismo tiempo.

—Uuh, casi perfecto. Pero, ese jefe. Soy un tío joven, atractivo. —Por un momento pensé que me preguntaría otra vez si me parecía atractivo, pero continuó—. Llámame Vicente. Vicente es un nombre de éxito, mi madre decía que me llamaron así porque significa vencedor, o conquistador. —Dijo Vicente, como si diera un discurso.

—Que lindos padres. —Dije, sin saber muy bien que responder.

—Falto mi nombre. —Sugirió, con una sonrisa retadora.

—Que lindos padres, Vicente. —Corregí, poniéndome nerviosa.

—Música para mis oídos. —Dijo Vicente, y exageró una expresión de satisfacción—. Vale, para hoy, reserva una mesa en *Chez Toi*.

—¿Mesa para dos? —Pregunté.

—*Oui madame*. —Respondió en perfecto francés, que me pareció irresistible.

«*J'adore le français*», pensé en decir, y sin darme cuenta, vi aquello como una oportunidad de iniciar una conversación natural. En el fondo, quería conocer a Vicente más a fondo, y al desnudo. Por supuesto, no dije nada, sonreí.

—Saldré con esta modelo, viene de una isla del Caribe. Una tía muy atractiva, diferente. —Me contó Vicente, con aire de orgullo.

—Qué bueno, suena exótico. —Respondí, sintiéndome repentinamente irritada.

—Exótico, esa es la palabra. Tienes un muy buen vocabulario. —Me dijo, mostrando una sonrisa de comercial.

—Gracias. —Respondí, extrañamente halagada, pese a lo tonto de su cumplido—. ¿Quisiera algo más? —Pregunté, olvidando tutearlo.

—Eh, eh. Tutéame, Michelle. Somos amigos. Ya llevas dos semanas aquí, ¿Me equivoco? —Preguntó Vicente.

—Es cierto, dos semanas. —Afirmé—. ¿Quisieras algo más? —Reformulé la pregunta.

—Perfecto. —Dijo, satisfecho—. Si, llama a mi jardinero, estoy considerando un nuevo arbusto, de esos con formas.

—Anotado. —Dije, escribiendo en mi cuaderno.

—Ahora que lo pienso, resérvame una habitación en un hotel.

—¿De cuántas camas? —Pregunté, y me sentí tonta al preguntar aquello.

Vicente me miró por un momento, mordió sus labios, rojos y provocativos, y sonrió.

—Matrimonial, por supuesto. —Dijo finalmente.

—Claro. —Respondí, sintiéndome avergonzada—. ¿En qué hotel? —Pregunté.

—Sorpréndeme. —Dijo, en tono seductor.

Cuando dijo esto, continuaba anotando en mi cuaderno, y aquella palabra me hizo estremecerme. Subí lentamente la mirada hacia Vicente.

—Busca hoteles cinco estrellas, mira las fotos, las descripciones, escoge cualquiera en el que te imagines a ti misma conmigo. —Dijo naturalmente, como si no hubiera notado lo que decía.

Tragué saliva al escuchar aquello último. «¿Qué le pasa hoy a este tío?», me pregunté, en una mezcla de nervio, deseo y e irritada. Clavé mi mirada a sus zapatos, pensando en que podría responder. Pero no me dio tiempo.

—Sé que elegirás bien. Y recuerda, el precio no es problema. —Dijo Vicente.

—Vale, elegiré bien. —Respondí.

—Si me disculpas, continuaré trabajando.

Vicente me tendió la mano, la cual miré por un momento, la tomé, y la sacudí con suavidad. Era una mano realmente suave, como cabría esperar de aquel sinónimo de éxito y belleza.

—Le... Te notificaré cuando esté listo. —Le dije antes de salir de aquella oficina de película.

—Muy bien. —Respondió ya distante, con sus lentes para la computadora, que le daban ese toque intelectual, que no le quitaba ni una pizca de sensualidad.

Al salir de la habitación, no podía borrarle la sonrisa del rostro, y ni siquiera estaba segura de por qué. Vale, estaba más que segura de por qué, aquél titán me había hablado más que nunca en mi corta estancia en la empresa, pero no quería admitir que me sentía halagada por ello.

Durante las dos semanas previas, Vicente estuvo casi siempre fuera. Tuvo una gira en Asia, donde habló en las más importantes conferencias de *Los Tigres Asiáticos* sobre las últimas

innovaciones de su empresa.

La empresa se llama *Softccess*, y fue fundada por el mismo Vicente. He buscado su Wikipedia un par de veces, me gusta saber para quien trabajo, y he leído que ha sido un emprendedor desde que tenía trece, y que desde pequeño ha sido una especie de genio de la computadora.

Ahora mismo es el CEO, por supuesto, pero además es el jefe técnico, desarrollador principal y toma las decisiones de *marketing*. Y lo peor del caso es que aún tiene tiempo para salir con una tía diferente cada noche.

Una noche se folla a una actriz que ha llegado de ganarse un importante premio a mejor actriz. La otra, folla con alguna genio de Escandinavia, de esas rubias que miden un metro ochenta y que llegan a trabajar con la empresa, y se quedan una noche más para probar la carne ibérica de calidad.

Para mí, esta era la segunda vez que me pedía una reservación para un restaurante, y la tercera para un hotel. Por supuesto, no tiene hijos, y evidentemente no está casado. Trabaja desde muy temprano, se ejercita y nunca se le ve cansado o frustrado.

Mi impresión de él no es demasiado buena, al menos cuando se trata de su personalidad, porque lo que se mira por fuera, es un cien de cien, un mil de mil. Pero, no lo sé, lo mismo no espero que se interese por mí.

Sin embargo, nunca me puedo sacar los celos que siento cada vez que hago una reservación de hotel para él y para uno de sus asuntos de una noche. Y, después de los celos, no puedo dejar de sentirme tonta por sentirme de esa manera.

—*Bonjour, bienvenue a Chez Toi. Que voudriez-vous?* —Preguntó el recepcionista del restaurante francés.

—*Bonjour!* —Respondí con mi limitado conocimiento de francés—. Necesito reservar una mesa para dos para esta noche, a nombre de la empresa *Softccess*, *s'il vous plait*.

—*Parfait*, es un hono tener a *Monsieur* Vicente esta noche con *nosotros*. —Dijo el señor francés, con su bonito acento al hablar español.

—*Merci beaocup!* —Dije, saboreando la oportunidad de hablar un poco de francés.

—*De rien, ma belle dame*. —Contestó en hermoso francés y colgó.

Dejé el móvil en la mesa, y recordé que Vicente había pronunciado algunas palabras en un francés que sonó muy bien, y hay que admitirlo, muy sexy. Y me pregunté qué idiomas sabrá hablar. Porque, el tío es un gilipolla, pero no tiene un gramo de ignorante, es un poco lo contrario, lo cual lo hace un poco peor, como si no fuera de este planeta.

—*Jardinería y Servicios Forestales La Floresta*, ¿En qué le podemos ayudar? —Dijo la recepcionista de la jardinería.

—Buenos días, llamo de parte del señor Vicente, de la empresa *Softness*. Quisiera discutir con su jardinero personal un arbusto de estos con forma, seguramente algo muy grande. —Explicé tan bien como pude.

—Que gusto saber de uno de nuestros más distinguidos clientes. Tratándose del señor Vicente, su jardinero puede ir personalmente en cualquier momento, notifiquenos cuando sea el momento, y llegaremos enseguida. —Dijo cordialmente la chica al otro lado, y pensé que probablemente ella desearía ser la jardinera de Vicente.

—Perfecto, muchas gracias. Os notificaré tan pronto como el señor Vicente lo pida. —Dije y colgué.

Así era todo para Vicente. “Oh, señor Vicente, que placer ayudarlo”, “Estamos completamente llenos, pero siempre habrá lugar para *Softness*”. Este tío seguramente no ha sabido lo que significa trabajar por algo desde hace muchos años.

«Venga, el tío se ha ganado todo lo que tiene», pensé, tratando de calmarme. No estaba muy segura de por qué, pero siempre me sentía de la misma manera cuando presenciaba como todo parecía ser tan perfecto para Vicente.

«Ahora era el momento de revisar el *hotel ideal* para Vicente y para mí», pensé, y sentí un frío en mi estómago. Aquello había sido demasiado para mí, y los celos que usualmente sentía al colaborar con los encuentros, usualmente de una noche, entre mi jefe y sus muñecas, eran ahora peores.

Comencé buscando los hoteles de cinco estrellas. Lo típico, cadenas hoteleras internacionales, luego las nacionales, y un par solo presentes en la comunidad. No podía decidirme por ninguno de ellos, todos parecían igual de perfectos, igual de vacíos, de alguna forma.

Pude haber elegido cualquier, lo mismo daba, llenarían la cama de semen, o de oro, tal vez Vicente echa oro cuando se corre. La tía quedaría bien satisfecha y lista para devolverse al Caribe mañana por la mañana, y Vicente estaría a las seis, repotenciado, trabajando eficientemente.

Pero, no estaba eligiendo una habitación para Vicente y para una supermodelo. La estaba escogiendo para Vicente y para mí. Por supuesto, sabía que este no era el caso, y que probablemente nunca lo sería, pero no podía sacarme aquella idea de mi mente.

Era un poco por culpa de un ejercicio de escritura creativa que una profesora de la universidad nos había dado. “Convertiros en personas. Ved la vida y cada situación como una posible historia”, y al final he terminado tomándome aquel buen consejo demasiado en serio.

Luego de haber agotado las opciones cinco estrellas, le resté una estrella, y comencé a ver las de cuatro estrellas. Estas eran un poco mejores para mí. Definitivamente comenzaba a notarse la diferencia en la calidad, y mucho más en el precio, pero, al menos parecían tener un poco más de vida.

No es que fuera una persona *cheap*, tal vez era la influencia de leer tantas cosas que me hacía ver todo como una novela. Pero, no puedo evitar buscar situaciones que se sientan más como un libro, más literarias.

La búsqueda se extendió mucho más de la cuenta, ya había visto todos los hoteles de la ciudad y sus alrededores, desde los más lujosos y caros, hasta los más baratos, feos, y probablemente peligrosos que habían.

Joder, había un par que parecían prisiones, y me divertí pensando que su eslogan debería ser “Llegue por el precio, quédese porque le han robado su coche”. Incluso me sentí un poco tentada de reservar un hotel bastante horrible, pero, por un lado, no soy así, y por el otro, no quiero perder el empleo.

Finalmente, reservé un hotel que ni siquiera tenía estrellas, pero definitivamente no parecía una prisión, y que no eran precisamente barato; simplemente era un hotel más familiar. Se veía cálido, y definitivamente me imaginé a mí misma allí, revolcándome con *el jefeazo*.

Pude reservar por Internet, y con ello, estaba lista, y aún me quedaba una hora para salir, la cual dediqué a un pequeño pasatiempo al que me he hecho un poco adicta desde hace algunos meses.

A diferencia a aquella serie de libros de la tía excesiva inocente que termina follando con su jefe multimillonario que es una bestia en la cama y que comienza todo como una especie de fantasía sexual.

Yo no era virgen, diría que era un poco lo contrario. Mi tiempo en la universidad se puede resumir como, leer un montón, varios trabajos de miedo tiempo en cafés, sufrir por no ser una autora de *best-seller*, y follor. Follar mucho.

Hubo un par de semanas que follaba absolutamente cada día. Cuando entré a letras, pensé que

estaba sentenciada a la castidad, pero resultó que mi *campus* fue bastante salvaje. Además, leer todas esas novelas desde que era una adolescente, algún efecto tiene que hacerle a uno en la cabeza, y allí abajo.

Fue una temporada bastante alocada, y no me arrepiento de nada. Vale, algunos polvos fueron un poco peligrosos, otros vergonzosos, y un par, asquerosos. Pero fue divertido, hice amigos, definitivamente viví el estereotipo de la vida alocada de estudiante universitaria.

Pero cuando me gradué, volví a casa de mis padres, no tenía trabajo como recién graduada de letras, y tampoco tenía mayores aspiraciones de continuar por la vía académica, así que me deprimí un poco.

Por eso, tuve mucho tiempo libre, estaba viendo más porno de lo que probablemente se recomienda, y estaba bastante triste; así que comencé con mi pequeño *hobby*. Descargué una de esas *apps* para tener citas y para liar sin tanto lío, y comencé a utilizarla.

Definitivamente no sustituye mi tiempo en la facultad, pero, ha sido bueno. Y ahora que puedo pagarme la renta, ya no estoy viviendo más en casa de mis padres, y puedo quedar con algún tío guapo y desconocido después del trabajo.

Este inocente *hobby* tiene algunos riesgos, pero, desde mi tiempo en la universidad, me he hecho bastante buena determinando si un tío es una amenaza, o si lo disfrutaré al menos lo mínimo, que tampoco es tan difícil si pones tu mente en ello y te permites disfrutar.

Sobre el físico, no tengo mayores problemas, me gusta probar cosas distintas. Pero, nunca me ha tocado nadie con un cuerpo ni un poco cercano a lo que se puede ver de Vicente, esos trajes le resaltan perfectamente sus atributos.

La verdad es que me he planteado dejar un poco de lado este *hobby*, para tener un poco más de tiempo a solas y ponerme a escribir, pero no puedo, cada día me digo algo como “Hoy será la última vez, luego comenzaré a hacerlo pocas veces a la semana”, pero tío, cuando la hora de salir se acerca y pienso en ir a casa y sentarme a escribir, siento una especie de ansiedad.

Creo que estoy un poco aterrada de ponerme a escribir, ya sabéis, ese miedo de ponerme a hacer lo que sea, es bastante aterrador, si pensáis en ello, exponerme, dejar salir mi creatividad. ¿Y si fallo? Esta es la pregunta que me hago todo el tiempo, y no me dejo responder.

Pero, así va mi vida, y tampoco está tan mal. Al menos estoy más que satisfecha, sexualmente. Es cierto que también le temo un poco más de lo que debería a las relaciones románticas. No sé tío, no quiero salir lastimada.

Algunos tíos con los que he follado se han convertido en amigos, y volvemos a follar de vez en cuando, o solo hablamos, pero de intentar entrar en una relación, no. No sé, ya resolveré eso también.

Una vez más, consideré que, siendo hoy lunes, sería un buen día para comenzar a moderar mi leve adicción a follar con desconocidos. «Ayer pasé el día con mi familia, y no he follado, creo que me hará bien para iniciar con mi día», pensé, y comencé a ver lo que la tecnología me ofrecía para hoy.

Fue una hora muy productiva, y para la hora de salir, ya todo estaba planeado con este tío moreno que había conseguido. Dijo que pasaría a por mí, y que iríamos a algún hotel. Estos son mis favoritos.

A veces vamos a casa, especialmente cuando el tío es bastante más joven que yo y viven con sus padres. Está bien, es un poco una caridad, pero no me gusta demasiado llevarlos a casa. Me gustan más los hoteles.

Hablando de hoteles, luego de hacer la reservación para Vicente en aquel hotel en el que me imaginé muy cómoda con Vicente encima, le envié la dirección y toda la información al conductor

de Vicente, así que en verdad Vicente quedaría sorprendido por mi decisión. Espero que no me despida.

Nunca he entendido esto de la gente rica y los conductores. ¿Es que apenas comienzo a ganarme algunos millones al año, siento la necesidad de tener un conductor? No entiendo tío, yo quiero mi coche deportivo, y tal vez dejaría a algún tío que he conocido por Internet conducirlo. Pero nunca pienso en un conductor.

Permanecí en la entrada del edificio donde *Softccess*, la empresa en la que trabajo, se encontraba establecida. Siempre experimentaba este pequeño miedo de que el tío al final no pase a por mí, pero siempre llegan. Soy guapa, no tengo complejos con mi cuerpo, pero no creo que sea el tipo de Vicente.

En mi corta espera, vi el lujoso coche eléctrico último modelo donde iba Vicente. Probablemente irían a por la supermodelo caribeña, y me pregunté cómo luciría esta tía. Debe ser muy alta, tetas pequeñas, un buen culo, perfecto, pero no grande. No como el mío, mi culo es grande, y perfecto a su manera, pero no exactamente un culo de supermodelo.

Finalmente, vi un pequeño coche de dos puertas estacionarse justo frente a mí. Llevaba los vidrios oscuros, y vi que un tío se bajaba.

—Hola, Katherine, perdona por la tardanza. Encantado. —Dijo Samuel, mi amante de hoy.

—Encantada, Samuel. —Le dije, tomándole la mano con ese aire seductor que no podía evitar cada vez que tenía uno de mis encuentros—. No te preocupes. ¿Vamos?

—Claro. —Respondió, y me abrió la puerta del coche.

Katherine es uno de los nombres que uso para mis encuentros, mi pseudónimo, como me gusta llamarle. No tenía mayor significado, simplemente es un nombre que me gusta, y que no dice demasiado de mí.

En el camino al hotel, no hablamos mucho. Samuel resultó ser un tío muy amable y encantador. Su cara me gustaba mucho menos ahora que en sus fotos, pero tampoco estaba tan mal, y su cuerpo se veía bastante bien debajo de ese suéter rojo de cuello de tortuga.

Llegamos a un hotel sin estrellas, de esos que están perfectamente bien para el uso que le daríamos a sus camas. Te dan un control para el aire acondicionado, uno para el televisor (con cable, todos canales porno), una jarra con agua, y dos vasos. Las camas estaban limpias.

Siempre era lo mismo en estos encuentros. Ni una sola vez me había topado con un tío que quisiera comenzar la acción antes de ver la cama. Hablábamos, nos conocíamos, muy rara vez, comíamos algo, pero nada de besos. Pero, al ver la cama, al cerrar la puerta de la habitación, la mía, la del hotel, la de mi amante de turno, la temperatura se elevaba.

Samuel estaba muy bien, y lo hicimos por un par de horas. Lo típico, el encima de mí, yo encima suyo, por el culo. Creo que quedó encantado con mi culo, y creo que sus manos quedaron marcadas en él. A algunos les gustan las nalgadas, está bien.

Fuera de estos encuentros, soy bastante tímida, no hablo mucho, ni tampoco intento ser demasiado seductora. Pero, cuando me pongo en mente que voy a disfrutar, me sale bastante bien, me vuelvo un poco la muñeca hinchable, pero mejor.

Por suerte, al terminar, Samuel me dijo que debía ir a casa, y me dijo que estaría en contacto. Me pareció bien, lo mismo me he hecho amiga de tíos mucho peores. Tal vez quisiera repetir otro día, si no tengo nada mejor que hacer, podría acceder.

Mi amante de la noche me dejó en casa a las diez y media. Era bastante temprano, y comencé a sentirme un poco ansiosa. No me gustaba vivir con mis padres, y siempre he dicho que me gusta vivir sola. Pero, cuando llegaba a casa, siempre terminaba sintiéndome un poco mal.

Siempre era lo mismo, así que intenté ignorarlo, me preparé la cena y revisé el móvil. Tenía

algunos mensajes de voz de mi mejor amiga, y comencé a escucharlos mientras comía mi cena.

«¡Hola guapa! Te extraño mucho joder. ¿Cómo estás? ¿Cómo te va con tu nuevo jefe, el multimillonario?»

«Por cierto, he estado leyendo algunos de los libros que me recomendaste. Han estado muy bien. Pero creo que preferiría leer algo por ti. ¿Viene algo en camino de mí amiga escritora?»

«Ah, y cuídate, tía. No estoy muy segura de que yo haría lo que estás haciendo de follarse con tantos tíos, aunque ganas no me faltan. ¡No he follado en meses! ¡Auxilio!»

María era mi mejor amiga, y lo hemos sido desde que usábamos pañales. Ha sido una de esas amistades perfectas, y sobrevivimos incluso la universidad. Yo estudié letras, y ella estudió enfermería.

De no haberse ido, estoy segura de que estuviésemos viviendo juntas, pero hace dos años de había unido a una misión cristiana, en la que ayudan a los niños y a las personas en distintos países de África y Centro América.

Creo que ahora mismo estaba en algún país de Centro América, y entre las diferencias de hora y que a veces no tenía conexión a Internet, no podíamos hablar demasiado, pero, siempre que podía, me dejaba algún mensaje.

Fue extraño que se fuera en plan de misión religiosa, porque ella ha sido atea desde hace mucho, cuando nadie estaba pensando en dudar de esas cosas. Además, tampoco es que sea una santa.

Quiero decir, sí que es una santa, es la persona más amable y altruista que he conocido, y por eso estudió enfermería. Pero, me refiero a que no es una santa en el sentido religioso de la palabra.

Lo más irónico de su situación para mí, es que también es lesbiana. Sinceramente no entiendo como hace para no sentirse juzgada, y estar ya dos años allí, y sus creencias no han cambiado ni un poco. Supongo que simplemente la mueve su principal interés: El desinterés.

Escuché sus mensajes un par de veces más, disfrutando su voz, e imaginándola a ella decirlo, con su expresividad, y su gravedad, en las partes que lo ameritaban. Sin embargo, decidí responderle luego, no pasaría nada.

Me gustó que me pidiera enviarme mis propios escritos, pero también me producía un poco de estrés, porque mi colección de escritos era bastante pobre, especialmente quitando las cosas que escribí específicamente para la universidad.

Su comentario sobre lo que hago con los tíos también me hirió un poco. Pero no es que ella directamente me haya lastimado o algo, porque la conocía perfectamente, y simplemente estaba siendo honesta.

Pero, sabía que no era la mejor cosa por hacer a largo plazo. Follarse para mí, era un poco como fumar o beber para otras personas, tal vez un poco como un placebo. Mientras lo hacía, y creía en ello, estaba más tranquila. Por eso usualmente me sentía mal al llegar sola a casa, o al despachar a mis numerosos amantes.

Al día siguiente, desperté porque la alarma ya estaba programada por toda la semana. De no haber sido por esto, probablemente no me habría despertado. Ni siquiera estoy segura de cuando me había quedado dormida.

Llegué a *Softccess* con grandes expectativas esta mañana. Me sentía con ganas de ver a Vicente, y de saber qué le había parecido el hotel. Eso sí, no quería detalles de las camas, o como se siente estar encima de otra tía. Digo, yo encantada lo comprobaría por mí misma, pero no quería tan solo escucharlo.

Sin embargo, el jefe nunca me llamó, y pensé que tal vez estuviera enojado conmigo, pero

pronto me enteré de que estaba en otro de sus viajes, esta vez estaba visitando varias ciudades del país, así que probablemente llegaría en un par de días.

El día fue bastante aburrido. Atender mucho el teléfono, explicarles a unas veinte personas diferentes que Vicente estaba ausente por una pequeña gira en el país, contestas correos, redactar algunas letras.

En el almuerzo, comí con otros compañeros de trabajo, pero se sintió un poco más como estar junto a ellos, más que *con ellos*. Tampoco me importaba demasiado aquello, sabía que aún era muy nueva, y eventualmente me integraría.

Pero, de todo esto, salió algo bastante bueno. De la nada, me atacó una especie de rayo, era inspiración, claro que era inspiración, tenía una *idea* para escribir un libro. «¡Pero claro! ¿Cómo es que no se me había pasado por la cabeza hasta entonces? ¡Podría ser mi *best-seller!*», pensé, con dificultad para respirar, producto de mi emoción.

La idea era muy simple, o al menos, era muy familiar para mí. La idea era escribir un libro sobre mi adicción, vale, mi hábito, adicción es una palabra un poco aterradora. Pero, como sea, mi hábito de follar con extraños cada día.

Escribí una pequeña lista con las situaciones que creía más relevantes para escribir. Y claro, el personaje principal sería *Katherine*, una chica un poco tímida, guapa, pero ese tipo de belleza que no te golpea directo en la cara, sino esa clase de belleza que las personas van descubriendo cuando te miran a los ojos.

Y claro, habrá un tío, uno con quien yo, digo, *Katherine*, nunca ha follado, pero este tío la mira, y descubre su belleza. Excepto que *Katherine* es un poco imbécil a veces, y cuando tiene que darse cuenta de algo, no lo nota, y así se iría desarrollando la historia.

«¡Claro! Esta era todo lo que necesitaba. De haber sabido que gracias a mi *mal hábito* conseguiría escribir mi *best-seller*, no habría considerado tanto dejarlo», pensé, y de pronto, otra idea me golpeó.

«Ahora que lo pienso, todo apuntaba a que hoy no buscaría a un amante. Pero, ¡Necesito inspiración! Si dejo de follar con otros para dedicarme a escribir, podría olvidar completamente como se siente», pensé, aún con esta dificultad para respirar propia de la ansiedad.

Así pasé los días en que Vicente estuvo ausente en la empresa, en su gira, probablemente follando cuando no estaba en una reunión o conferencia importante. Terminaba a tiempo mis responsabilidades, y en la hora u hora y media que me quedaba, buscaba amantes.

La verdad es que, de haber dedicado el tiempo a escribir que le había dedicado hasta entonces a buscar con quien follar, probablemente ya estaría publicada. Pero, en su lugar, me había hecho muy buena consiguiendo a un buen amante de forma eficiente. Las decepciones eran cada vez menos.

Claro, las decepciones de los tíos con quienes follaba, pero mi decepción hacia mí misma comenzaba a crecer. No era que me sintiera culpable por el acto de follar. Eso está bien, no hay nada tan puro como el buen placer.

Pero, para comenzar, no estaba escribiendo nada. Vale, eso no es cierto, comencé a escribir algunos detalles, el nombre del tío, si tiene coche, su voz, si era guapo, el tamaño de su polla, donde lo habíamos hecho, cómo lo habíamos hecho, cuántas veces; esas cosas.

Además de eso, escribía como me sentía, y por qué creía que me estaba sintiendo de esa manera. Y en realidad, aquello era lo correcto; pero comenzaba a sentir que nunca acabaría con este hábito mío.

Entonces, llegó el viernes. Comenzaba a acostumbrarme a la idea de que Vicente estuviera ausente. No era que las cosas cambiasen demasiado, pero al menos no sentía estos celos absurdos

cada vez que tenía que encargarme de la logística de sus encuentros sexuales.

Aquello era una mezcla de sentimientos, extraña. Por una parte, sentía estos celos absurdos, que me hacían sentir un poco mal, y luego, me sentía mucha rabia por haber estado sintiendo celos.

Comencé mi día como siempre. Compré un café grande con leche en la cafetería de abajo, la tomé en mi escritorio, y comencé a revisar los correos. Cuando, de pronto, escuche la risa inconfundible de Vicente. Esa risa grave como su voz, atrayente, pero con un cierto tono burlón que nunca llegaba a ser ofensivo.

Allí estaba él, caminando erguido, tomando su café, rodeado de todas estas personas que ni siquiera sabía lo que hacían en la empresa. Al verlo pasar, tragué saliva, y quedé como hipnotizada, viendo aquella figura, la imagen del éxito.

Ni siquiera me miró, ni siquiera parecía escuchar a todas esas personas que lo rodeaban y le preguntaban cosas. Creo que incluso había una periodista, siempre había algún periodista queriendo entrevistarlo.

Presionó el botón del ascensor, y cuando llegó, hizo una señal de cortesía para que las cinco personas que le acompañaban subieran primero. Yo continuaba presenciando aquella escena, cuando noté que él no había entrado al ascensor.

No entendía muy bien aquello, parecía una broma, y no pude evitar reírme, lo cual llamó su atención, volteó como si fuera una escena de *Hollywood*, y me sonrió. Me puse muy nerviosa, y detuve mi risa de inmediato.

—Michelle, a ti era a quien quería ver. —Me dijo Vicente, con su sonrisa perfecta de villano encantador.

—Buenos días je... Buenos días Vicente. ¿Cómo ha estado la gira? —Le pregunté, muy nerviosa.

—Vicente, exactamente. Conquistador, vencedor. Ambos adjetivos son ciertos, pero, si tuviera que quedarme con uno solo, me quedaría con conquistador. —Dijo, y me guiñó el ojo.

Pensé que me iba a derretir. Primero que nada, dijo *adjetivos*. Vale, sé que tampoco hay que romperse la cabeza para saber usar esta palabra. Si desde primaria se nos enseña esto, hasta que llegas a bachillerato, y en mi caso, durante toda la universidad.

Pero, son esas pequeñas sutilezas que no esperas de un tío como Vicente. Evidentemente es un tío brillante, pero, me costaría mucho creer que apreciaría la literatura, o los idiomas, por ejemplo.

Por otro lado, aquel monólogo de ser un conquistador. Por supuesto que lo es, y yo tengo que hacer toda la logística, para que no tenga que lidiar con esas trivialidades, pero, me guiñó el ojo, ¿Lo hizo? No puedo creerlo.

—Es un buen adjetivo. —Le dije, sonriendo, aún hipnotizada.

—Quería hablarte sobre ese hotel, el que reservaste para mi *cita* con la caribeña. —Me dijo en un tono muy serio, que me causó terror.

—Ah, perdona. —Tartamudeé—. Es que, no lo sé, no me gustan esos hoteles cinco estrellas.

—¡A mí tampoco! —Exclamó, más animado—. Es que ha estado muy bien, hace tiempo que no disfrutaba de un hotel. Era mucho más simple de lo que acostumbro, pero estuvo bien.

—¿Y a su cita? —Pregunté, sin poder creer lo que escuchaba.

—*Eh, eh, eh*. ¿Qué dijimos de tratarme de *usted*?

—Y tu cita. ¿También ha disfrutado del hotel? —Pregunté, y temía una respuesta demasiado detallada.

—No dijo nada específico sobre hotel, pero sus gritos... Sí, creo que le gustó. —Respondió, sin ningún tipo de vergüenza.

Al escuchar esto, me sentí un poco irritada. Era de nuevo la mezcla de celos y rabia por sentir celos. El tío era un descarado, hablando así de sus amantes. Pero, eso no quitaba el hecho de que sería bueno gritar a causa suya.

Iba a decir algo, pero Vicente continuó.

—¿Podrías hacer lo mismo por mí hoy? —Preguntó Vicente.

—Claro, por supuesto. Es mi trabajo. —Respondí, tratando de sonar servicial.

—Haz tu magia. Y recuerda el truco, piensa en tu comodidad, piensa en que llegarás a aquél hotel conmigo. —Dijo, y mostró una sonrisa perfecta.

Creo que me puse roja.

—Y la afortunada, ¿Es de algún lugar en especial? Así podría visualizar más fácilmente lo que le gustaría. —Pregunté, nerviosa, tratando de no parecer grosera.

—No lo sé. ¿Qué país quisieras conocer? —Me preguntó.

—Siempre he querido ir a Australia, o a Nueva Zelanda. Son muy interesantes estos lugares, Australia es casi un continente. —Le dije, y me sentí avergonzada por haberme emocionado hablando de estos países.

—Ahí lo tienes, de Australia o Nueva Zelanda. ¿Suficiente información? —Dijo Vicente, se peinó su cabello rizado perfecto con la mano y se fue.

Permanecí mirándole mientras se alejaba hacia el ascensor. Estaba como hipnotizada y muy confundida. «¿Qué se cree este tío con su auto-estima y su sarcasmo?», pensé, extra exasperada y fascinada, viéndole sus nalgas perfectas.

Me dediqué a las principales tareas, como revisar el correo, llamar algunos clientes, mentir sobre dónde estaba Vicente; esa clase de cosas. Además, en pequeños momentos, intente escribir ideas sobre cómo comenzar con mi libro. «Una vez que empiece a escribirlo, seguro que no podré parar», pensé, emocionada.

A la hora del almuerzo, comí mientras leía una novela desde el móvil, para encontrar mayor inspiración y asegurarme bien de que recordaba cómo escribir una novela, aunque he estado leyendo desde que aprendí a leer.

Después del almuerzo, comencé con las investigaciones para conseguir un hotel para Vicente y su *muñeca* de turno, de quien tenía menos información que de la anterior, o al menos de la anterior que me haya enterado.

Al menos ya conocía muchas de las opciones, y pensé que tal vez esta vez podría escoger una de las opciones más costosas, todo dependería. Pero, decidí volver al ejercicio original de imaginarme a mí misma entrando en el hotel con Vicente.

No sabía cómo imaginarme a la tía de turno esta vez, pero, al menos sabía que Vicente las hace gritar, y sin esperarlo, terminé imaginándome a mí misma gritando, cabalgando sobre mi jefe que es un capullo, pero que está muy bueno.

Imaginarme aquello me puso cachonda, pero, esta vez se sintió distinto. Soy una persona sexualmente muy activa, vale, pero a veces lo hago simplemente *porque sí*, porque puedo, o tal vez para evitar estar sola.

Y cuando lo hago, no siempre me siento con tantas ganas de hacerlo en realidad, aunque siempre termino húmeda y disfrutándolo, al menos lo mínimo que uno debería disfrutar algo tan bueno como follar.

Pero, esta vez, el solo hecho de imaginarme montada encima sobre mi jefe, todo era demasiado atractivo de aquella idea. Para comenzar, es mi jefe, pero además, tiene este historial de tías con quienes ha follado.

Eso sin mencionar su actitud. Descarado, sobrado; pero también encantador e increíblemente

persuasivo, lo cual es definitivamente una clara muestra de su gran inteligencia, otro importante atributo. Y claro, el dinero, pero eso no importa tanto.

Lo otro que me subía la temperatura en mis bragas, era toda esta idea de que *tan solo* soy su secretaria. No es que en realidad me sintiera menos que él o algo, si lo mismo iba a ser una autora *best-seller* muy pronto. Pero, es todo eso de ser sumisa, desde un punto de vista literario, me pone *muy cachonda*.

Pero al parecer eso no iba a pasar en la vida real, al parecer yo continuaría haciendo la logística para que mi jefe folle a gusto con cualquier persona influyente. Hay que verle el lado positivo, tal vez me aumente el sueldo. Que te paguen bien por imaginarte follando con tu jefe tampoco está tan mal, supongo que no es algo tan mal visto por la sociedad.

«Tal vez cuando comience a vender muchas copias de mi libro. Lo mismo tengo un buen cuerpo, he visto fotos tuyas con otras tías, y están bien, claro, pero tampoco son del otro mundo», pensé, sintiendo esa mezcla de emoción y celos que comenzaba a hacerse normal en mi trabajo.

Finalmente, terminé por escoger otro de esos hoteles sin estrellas, pero que se ven bonitos, acogedores, y lo más importante; que no parecen prisiones. Estaba bastante segura de mi misma, sentía que comenzaba a hacerme buena en esto de escoger hoteles que no serían para mí.

Lo malo de todo esto es que había terminado con muchas ganas de follar, y me sentí más que justificada para entrar en mi aplicación, mi mal hábito, mi pequeña adicción, y encontrar a alguien con quien follar, con quien sacarme estas ganas que me había producido mi jefe sin querer. O tal vez eso era exactamente lo que quería.

No había tanto qué escoger, pero no me sentía especialmente exigente hoy. Todo lo contrario, solo quería una polla y un cuerpo que me atrajera lo mínimo, y después media hora de búsqueda, conseguí un tío que superaba mis expectativas.

Tenía un cabello largo, rubio y rizado. Estaba muy bien, estaba más que bien. Incluso me estaba sintiendo emocionada, con muchas ganas de ver lo que me esperaba. Había aprendido a bajar un poco las expectativas, y a aceptar cuando un tío con quien había quedado no lucía exactamente como parecía en las fotos, o como lo imaginaba.

El tío me dijo que tenía una motocicleta, y que iríamos a un hotel, que no me preocupase, que el cubría los gastos. Imaginé que sería un hotel modesto, como siempre. No me sentía culpable, incluso yo habría podido pagar por los hoteles. Es solo un par de horas, no es para tanto.

Quedaban veinte minutos para salir, y ya todo estaba hecho. Pude hacer la reservación muy fácilmente, en un hotel muy bonito, no muy lejos aquí, no demasiado costoso, lo cual no era un problema para Vicente, pero supuse que también contaba como una ventaja.

En los pocos minutos restantes, cogí mi pequeño cuaderno en el cual anoté algunas cosas. Una mezcla de números telefónicos, direcciones, sueños que he tenido y más recientemente, la verdadera información importante, por la cual comencé a cargar aquel cuaderno conmigo. Escribir mis ideas para novelas.

Escribí la posibilidad de que, en mi novela, la cual estaba segura de que sería un éxito total, aunque sería la primera novela *real* que escribiese, cuando la escribiera. La protagonista, es decir, yo, o más bien Katherine, quien también soy yo, terminase enamorando de uno de sus amantes.

También escribí una segunda alternativa, en la que Katherine tenía un amigo que estaba loco por ella, y ella era demasiado capulla y siempre pensaba que era una persona muy especial su amigo, y que no le gustaría arruinar su amistad. Hasta que un día, sin saberlo, termina quedando con él en la *aplicación*, follarían, y muchas cosas pasarían.

Estaba increíblemente productiva en aquel corto lapso hasta que pudiera bajar e ir feliz a follar con mi amante desconocido de hoy, y tuve aún otra idea para el camino que podría tomar mi

novela.

En esta, escribí en mi cuadernito que la protagonista, Katherine, seguía follando con tíos, y que si tenía tiempo, los fines de semanas o cuando era feriado; quedaba incluso con dos tíos, pero cada vez sentía menos y menos placer. Hasta que un día, decide probar la sección para lesbianas, y descubre un nuevo mundo de placer, y eventualmente, de amor.

Tener todas esas ideas, y pensar que cualquiera de ellas podría terminar muy bien, y con cualquiera de ellas podría estar en mi camino hacia escribir el *best-seller* con el que siempre he soñado escribir, me hacía sentir bastante bien conmigo misma, orgullosa y sorprendida de poder generar ideas.

Pero también comencé a experimentar un poco de *parálisis de decisión*, porque tenía tres ideas bastante buenas, las tres me convencían muchísimo, las tres tenía el potencial de ser *best-sellers*; y comencé a sentirme un poco ansiosa de tener que decidirme por una sola.

Por suerte, llegaron las seis de la tarde. Revisé mi móvil, y le envié un mensaje a quien sería mi amante por el día de hoy. Me aseguré de haber hecho todo, revisé el correo electrónico, el estado de la reservación de hotel de Vicente; todo estaba listo, y yo quería follar con el rubio.

El tío me pidió que lo esperase, que llegaría en quince minutos. Por lo cual, mientras esperaba por él, continué leyendo la novela que había comenzado a leer durante el almuerzo. Ahora mismo, no veía el leer tanto como una diversión, sino más como *estudiar*, prepararme para escribir una gran novela.

Ví a algunos de mis compañeros de trabajo salir, y me despedí con la mano de algunos de ellos. Son buenas personas, pero, cuando se trataba de socializar, y no de acordar un par de horas de sexo, soy una persona bastante tímida, al menos hasta que entro en confianza.

Comenzaba a sentirme un poco mal, pensando que había arruinado un poco mi capacidad de hacer amistades, especialmente con tíos, porque a todos los veía un poco como muñecos, como consoladores. Era extraño, no es que no apreciara a los hombres, realmente lo hago, pero es una cosa que he venido haciendo desde hace mucho tiempo.

No vi salir a Vicente, supuse que se quedaría allí hasta más tarde, o tal vez saldría en su helicóptero. «En serio no entiendo porque todas las personas multimillonarias son iguales. Les sobra el dinero y los gastan en lo típico: Un yate, putas, o putos, helicópteros. No puedo entenderlo», pensé, divertida más que irritada.

Ya estaba oscureciendo, y una luz me iluminó directo en el rostro. Era una motocicleta, y se detuvo justo frente a donde me encontraba. El conductor apagó la motocicleta, se quitó el casco, y sacudió la cabeza, haciendo mover sus rizos. No supe si aquello fue planeado, pero se vio extremadamente atractivo.

El tío parecía uno de estos surfistas australianos, lo cual era irónico, porque me gustaba mucho ese país. Me guardé el móvil en el bolsillo de mi pantalón sin apartar la mirada del *surfista de Oceanía*, y viendo cómo se acercaba a mí.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, me tendió la mano, yo aún estaba sentada. La tomé, y sin decirlo, me indicó que me pusiera de pie. Obedecí, el tío me tomó de la cintura, decidido, y me besó.

Esto nunca antes había ocurrido en ninguno de mis encuentros anteriores. Los besos y la pasión siempre ocurrían luego, en la intimidad, pero antes de llegar a nuestro lecho, la mayoría de mis amantes eran más bien tímidos, algunos ni siquiera decían nada, y luego ya nos desinhibimos.

Pero, este tío me tomó decidido. Parecía un leopardo, más que un canguro, y yo me sentí una gacela indefensa, pero por supuesto, no corrí. Tampoco me corrí, pero eso ya vendría pronto, seguramente.

Luego de aquél beso inesperado, pero bueno, el tío sonrió, y aquel aspecto de chico malo del principio se disipó un poco.

—Eres muy guapa Katherine, no mientes en fotos. —Dijo, con una sonrisa muy amable.

—¿Lo crees? Muchas gracias, Leo. Tu tampoco has mentido, creo que es un poco lo contrario. —Le dije, sintiéndome en confianza.

Leo reaccionó riendo con muchas ganas a mi comentario.

—¿De verdad? Muchas gracias a ti, me siento halagado. —Respondió, aun riendo—. ¿Nos vamos? —Preguntó.

—Claro. —Respondí, con seguridad, y lo tomé del brazo.

—¿Te gustaría comer? —Preguntó, llevándome a su moto.

—Vale, no estaría mal. —Accedí.

No estaba muy segura de que me gustase esa idea. No era que no me apeteciera comer nada, sentía un poco de hambre. Tampoco era que hubiera nada malo con respecto a Leo, me parecía un sujeto completamente amable y atractivo, pero sentía un poco extraño comer con uno de mis amantes, comer comida, quiero decir.

Sin embargo, no puse ninguna objeción. Tal vez eso me estaría haciendo falta, la vieja conversación que hace tiempo no tenía demasiado seguido con nadie. Ahora que lo pienso, la persona con quien he hablado más últimamente ha sido Vicente, lo cual es irónico.

Leo me dio su casco, y se hizo una cola en su cabello largo y dorado, para que no le molestase mientras conducía su moto. Se montó, y lo seguí detrás. Instintivamente, lo rodeé con mis brazos, y pensé que el hecho de que tuviera una motocicleta le concedía muchos puntos extras. Siempre me han gustado las motocicletas.

Llegamos a un restaurante llamado *Más verde es el bosque*, y de inmediato pude ver que era un restaurante vegano. Probablemente mi cara no habló, sino que gritó lo poco que me agradaba aquella idea. Siempre hemos comido muchísima carne en mi familia, ya sabéis, el chorizo, la morcilla, lo típico. Y con los vegetales, muy poco.

—Debí haberte preguntado primero. —Dijo Leo, riendo y sin perder su expresión de tranquilidad—. ¿No te gustan mucho los vegetales?

—Lo siento Leo, es, es cosa de mi familia. Amo la carne. —Admití, casi avergonzada, pero acompañando su risa.

—Vale, no hay por qué disculparse. He sido vegetariano desde hace un año, y vegano tan solo desde hace tres meses. No es fácil, pero no está nada mal si te tomas el tiempo para aprender las recetas y todo eso.

—Vaya, ya veo. Aprecio mucho eso, me parece valiente y noble. Es solo que, los vegetales, tío. —Le dije, y comencé a reír.

Leo también río.

—No creas. Me pasa lo mismo, tampoco soy muy amante de la ensalada. Pero, estos tíos aquí me tienen arruinado. Es el mejor restaurante vegano, y punto. Incluso venden pollo frito vegano. —Me dijo, emocionado.

—¿¡Pollo frito vegano!? ¡Eso suena a un oxímoron! —Exclamé, sorprendida.

—¡Lo sé! Pero ya lo verás, te prometo que ni siquiera recordarás que no estás comiendo ni un gramo de carne.

Suspiré, acepté y me dejé llevar. Leo pidió muchísimas cosas: Hamburguesa vegana, pollo frito, incluso merengadas veganas. Yo estaba completamente convencida de que se las apañarían para hacer algo que pareciera un poco a su equivalente no vegano, pero que nunca en la vida sabría igual, hasta que probé la comida.

—¿Qué te parece? —Preguntó Leo, expectante.

—No puede ser. —Dije con la boca llena.

—¿Te ha gustado? —Insistió, sonriente.

—Joder esto está buenísimo. ¿Cómo coño lo hacen? ¡Sabe a la mejor de las carnes! —Admití, y continué comiendo con muchas ganas.

—No tengo idea, las cocineras de este sitio son unas hechiceras o algo por el estilo. Por supuesto, todo lo guardan en completo secreto, pero son muy agradables. Es un grupo de chicas veganas de Islandia. No sé cómo vinieron a parar aquí, pero no podría estar más contento. —Me contó, entusiasmado.

—Vaya, eso es muy interesante. —Respondí con la boca llena.

Realmente me parecía algo totalmente interesante, y me gustaba el entusiasmo con el que Leo me contaba todo aquello. Pero, todo estaba muy bueno, y continuaba devorando gran parte de la comida que Leo había pedido.

Las merengadas, por supuesto sin nada de leche de vaca, cabra, ni proveniente de ningún animal, también estaban increíblemente deliciosas, cremosas, y si nadie me hubiera dicho que no tenían ni un poco de leche, ni siquiera lo habría cuestionado un segundo.

Terminamos completamente satisfechos, recostados de nuestros asientos, con cara de satisfacción y placer.

—Eh, Leo. Perdona por ser tan directa, pero creo que habríamos debido comer después de follar. —Le dije, y luego me sentí un poco avergonzada.

—También lo creo. —Respondió riendo—. Otra cosa muy buena es que hacemos la digestión enseguida, es mucho más saludable que la carne.

—Eso suena como una gran ventaja. Después de un festín carnívoro, no puedo ni moverme, y no quiero hacer nada por el resto de mi vida. —Dije, y comencé a reír.

Leo pago todo, lo cual me hizo sentir un poco avergonzada. Le ofrecí pagar la mitad, y dijo que la próxima vez, que está vez, el invitaba. Aquello de *la próxima vez* me hizo sentir muy incómoda. La verdad es que era un tío bastante agradable, pero ni siquiera habíamos hecho lo que realmente debíamos estar haciendo.

Pero decidí dejar las cosas fluir, y pensé que cualquier experiencia distinta podría ser de gran ayuda e inspiración para finalmente ponerme a escribir. «Todo sea por el bien de la literatura. Y de mi *best-seller*», pensé, y me sentí más animada.

Regresamos a la motocicleta, y realmente comenzaba a sentirme menos llena. Satisfecha, pero no tan pesada como cuando comía mucha carne, lo cual estaba muy bien. Además, el viento de la noche, y la sensación de ir abrazada a este tío que parecía un surfista cada vez más, se sentían bien. Se sentía literarios.

A los veinte minutos de camino, que se me hicieron bastante largos, pero disfrutables, Leo comenzó a disminuir la velocidad de su moto, y noté que estábamos entrando al hotel.

Se me hacía extrañamente familiar, pero nunca había estado ahí. Se veía acogedor, muy bien cuidado y espacioso. Había muchas pequeñas casitas, que imaginé que serían las habitaciones, y había muchos árboles alrededor. Me sentía bien, era una noche realmente buena.

—¿Habías estado antes aquí? —Me preguntó Leo.

—No, pero la verdad es que se me hace realmente familiar. —Le dije, pensativa.

—Creo que eso pasa. Venga, ya había reservado, busquemos la llave y disfrutemos. —Dijo, y tomó de la mano.

Aquello de ir de la mano, y que hiciera reservación, era todo muy extraño para mí, y demasiado cercano a tener una relación romántica, lo cual no estaba absolutamente de ninguna

manera en mis planes. Pero tampoco tenía mayores objeciones, se sentía bien, y todo era por el bien de mi novela, mi éxito.

Entramos a la recepción, con una pequeña cascada artificial en la pared, y una luz acogedora. Estaba muy bien el lugar, y temí que hubiese gastado mucho dinero en todo aquello, por solo una noche con una desconocida. Al menos estaba más que confianza de que lo disfrutaría, y no estaba demasiado preocupada de que yo lo disfrutase, algo me decía que estaría bien.

—Vale, su habitación es la 68. —Dijo la recepcionista, sonriente.

—Muchas gracias. —Respondió Leo, devolviéndole la sonrisa.

Leo me dijo que lo esperase un par de minutos, que había dejado la llave en la moto, e iría a buscarla. Era la recepción más acogedora del mundo, por lo cual acepté esperarlo allí, y me senté en el sofá.

Ya no me sentía llena por la comida, y comencé a pensar en aquella comida deliciosa, y pensando que me gustaría ir alguna vez allí con María, si algún día regresaba. Permanecí mirando a los lados, sintiéndome tranquila, hasta que alguien familiar entró a la recepción, con una enorme tía vestida como si fuera a casarse tomándolo del brazo.

Era Vicente, y al darme cuenta de aquello, comencé a temblar. «Por supuesto que se me hacía conocido este hotel. Hace pocas horas había revisado muchas fotos en su página, y le había reservado a mi jefe una habitación», pensé, aterrada.

Al menos sentí un poco de consuelo porque recordé que el precio no era excesivo, así que al menos podía tener la conciencia un poco más tranquila sabiendo que Leo no gastaría tanto por mí.

Vicente pasó decidido y seguro de sí mismo como siempre, y caminó directo a la recepcionista, quien lo saludó con excesiva efusividad y cordialidad, aunque probablemente no tenía ninguna idea de quien era Vicente o de lo que era *Softccess*. Pero, así era él, con su aire de éxito que impregnaba cualquier lugar, y hacía que todo el mundo se derritiese por él.

No me había notado, pero no podía quitar la mirada de él, y de su acompañante, muy delgada, pero que parecía tener muy buenas piernas. Una tía muy guapa sin duda, pero comencé a sentir celos sin siquiera percatarme de ello.

—Muy bien señor Vicente, señorita Dalg... Eh. —Dudó la recepcionista, poniéndose evidentemente nerviosa.

—Dalgaard. —Pronunció Vicente.

—Correcto, mil disculpas. —Dijo la recepcionista, excesivamente apenada—. Su habitación es la 69. Disfrutad, y por favor, cualquier cosa que necesitéis, podéis llamar.

—Muchas gracias, señorita. —Dijo Vicente a la recepcionista, quien pareció derretirse al escuchar aquello.

Leo venía entrando a la recepción, y Vicente finalmente me notó allí.

—Michelle, ¿Qué haces aquí? —Me preguntó Vicente, con aire sorprendido.

—Perdona la tardanza Katherine, soy un poco paranoico con mi moto. —Me dijo Leo, acercándose y rodeándome con el brazo por la cintura.

—¿Katherine? —Preguntó Vicente, mirando a Leo y luego a mí.

Pensaba que iba a morir. «¿Cómo podían ocurrir tantas cosas al mismo tiempo?», pensé, completamente nerviosa, y probablemente mi nerviosismo se veía reflejado en el color de mi piel.

—Michelle Katherine, que nombre muy bonito. Mucho gusto, yo mi nombre es Nina Dalgaard. Yo estoy de *Denmark*, perdonad mi español. No está muy bueno. —Dijo la acompañante de Vicente, con un acento muy marcado y algunas dificultades, pero un muy buen español después de todo.

Había entendido perfectamente lo que Nina había hecho por mí, y no podía entender por qué

me había ayudado, pero ya me sentía completamente agradecida hacia ella. Al parecer, era una tía muy perceptiva, y de inmediato entendió toda mi situación, y en lugar de ofenderse o burlarse, me había ayudado, en un idioma que no es el suyo.

—Mucho gusto Nina, tu nombre también es muy bonito, como tú, guapa. —Le dije, sonriendo, y tratando de ser tan efusiva como podía, demostrándole mi agradecimiento—. Tu español es muy muy bueno, mi danés es terrible. Quiero decir, ni siquiera se decir hola. —Continué, sintiéndome cada vez más nerviosa e incómoda.

—No estar muy difícil, es muy parecido al *english* el *danish*. ¿Desde cuándo os conocer Vicente y tú? —Preguntó Nina.

—Ella es mi secretaria. —Dijo Vicente, serio, pero en un tono amistoso.

—Vaya coincidencia. —Intervino finalmente Leo—. Encantado Nina, soy Leo. Tengo un cuarto de escandinavo, bisabuela sueca. —Dijo, sacudiendo la mano de Nina, y mostrando mucho interés en ella.

—*Wow, Sverige* es país muy bonito, como el mío. —Le dijo Nina a Leo.

—Debe serlo, no he podido ir. —Respondió Leo a Nina—. Vaya, perdona. Mucho gusto, Vicente. Soy Leo, amigo de Katherine, o Michelle Katherine. —Dijo, y me miró confundido.

Le respondí con una sonrisa entre vergüenza e indiferencia.

—¿Os *gostaría* bañarse en piscina? Todos juntos. —Preguntó Nina, sonriente, probablemente aun tratando de resolver la situación.

—*It must be too cold, babe*. —Le dijo Vicente a Nina en inglés.

—*I doubt so, look*. —Respondió Nina—. *Miss*, ¿La piscina tiene un calefacción? —Preguntó Nina a la recepcionista.

—*Yes, eh...* Sí, podéis disfrutarla sin ningún problema. Es cálida y limpia. —Respondió la recepcionista, quién parecía excesivamente servicial.

—*See?* —Le dijo Nina a Vicente, con un tono de satisfacción.

Vicente hizo una expresión de resignación. Evidentemente no le gustaba la idea.

—Yo he traído unas bermudas, puedo bañarme con ellas. —Dijo Leo, a quien se le agradaba la idea.

—Yo no he traído traje de baño. —Repuse, más como excusa, aunque era cierto.

—No te preocupes, Michelle. Yo creo que puedes usar un de los mío, yo tengo muchos. —Me dijo Nina, quien lo hacía de buena fe.

No tenía mayores problemas en usar uno de sus trajes de baño, seguro tendría cientos sin siquiera estrenar. Lo que me preocupaba era mi culo. Sus tetas y las mías no eran demasiado distintas. Pero mi culo, mi culo es grande, siempre lo ha sido.

Todos terminamos accediendo a la idea de Nina de bañarnos juntos en la piscina, como si fuéramos viejos amigos que se han reunido para pasar una noche de diversión juntos en la piscina.

Después de Nina, Leo parecía ser el más entusiasta por aquella idea, y cada vez estaba más convencida de que su fascinación por esta idea era precisamente para ver más a Nina, y probablemente para verla con menos ropa.

No me importaba demasiado si ha Leo le gustaba Nina. Después de la deliciosa cena vegana, me apetecía muy poco follar, y la danesa era una tía muy guapa, seguro también me gustaría.

Pero, lo que realmente me ocurría, lo que me hacía sentir más incómoda, y menos atraída por Leo, quien es realmente un tío muy guapo y amable, era Vicente, la sola presencia de Vicente, quien no decía mucho, evidentemente disgustado por la idea de su acompañante.

—Chicos, dejadnos la habitación *sixty-nine* a mi amiga Michelle y mi. Vosotros ir a la otra. Tenemos muy suerte de nuestros habitaciones que estén juntas. —Ordenó Nina, decidida, y sin que

los cabos sueltos en su español detuvieran su decisión y fluidez.

—¿No podríamos quedarnos en nuestras habitaciones por un rato, y salir más tarde? — Preguntó Vicente, sin esconder su irritación.

—*Ingen*. —Respondió sin pensarlo dos veces, y extendió su mano hacia Vicente para que le diera la llave.

Vicente la miró por un momento, con una mirada que podría haber intimidado a otra persona. Pero Nina era una tía sorprendentemente decidida, y me sorprendía que hubiera accedido a meterse en la cama con Vicente.

Al ver aquella postura incorruptible, comencé a sentir más y más respecto hacia Nina, quien demostraba ser una persona fuerte, y probablemente la amiga que me había estado faltando.

Vicente le dio la llave, y volteó a verme, con rostro de frustración, y luego a ver a Leo. Nina tenía una expresión de gran satisfacción en su rostro, me tendió su brazo, y lo tomé complacida.

Nina y yo caminamos, riéndonos de nada, y sintiéndonos completamente compatibles la una con la otra. Buscamos las habitaciones, sin siquiera notar que nuestros acompañantes nos seguían.

Llegamos a la habitación que realmente les pertenecía a Vicente y a Nina, pero que ahora mismo estaba bajo control absoluto de estas dos chicas. Era una pequeña cabaña que lucía realmente bonita desde fuera, y tenía dos puertas, cada cabaña estaba compuesta por dos habitaciones unidos, y las 68 y 69 estaban conveniente unidas.

Sin ver hacia atrás, entramos en la cabaña de la cual habíamos tomado posesión, y comenzamos a reírnos con muchas ganas, como si hubiésemos estado conteniendo la risa por mucho tiempo.

—Vale, ahora que estamos solas. Nina, muchas muchas muchas gracias. Me has salvad. ¿Cómo supiste que no me llamo Katherine? —Le dije, y le di un abrazo.

—No estar ningún problema. Soy una chica con muy eh... Intuición. Yo tengo mucho de eso, mucha intuición. No he podido permitir que estés en una situación no fácil. —Me explicó Nina, contestando a mi abrazo, y rellenando cualquier duda que tenía en su español de forma creativa.

—Sí que tienes intuición. De verdad, no sabes cuánto te lo agradeceré. —Repetí, intentando dejar clara mi gratitud—. Ahora que estamos solas, te quería preguntar. ¿Por qué Vicente? —Me atreví a interrogarla, sintiendo mucha confianza.

—Estar una buena pregunta. —Comenzó Nina—. Yo creo que estoy una persona muy inteligente.

—Vale, sí que lo eres. Pero, a eso me refiero. No creo que Vicente valore mucho eso. — Respondí, tratando de no ser grosera.

—Exacto. Sí lo ha valorado, pero estar cierto que no es lo que ha buscado conmigo, eso lo tengo claro. —Dijo Nina.

—Entonces, ¿Por qué él?

—Bien. Simplemente de eso se trata mi trabajo. Ningún persona me paga por hacer *sex*, pero estoy una modelo profesional, sé que estoy guapa, que estoy *hot*, y cuando yo salgo con personas como Vicente, me compran cosas, y estoy lo suficientemente inteligente para diferenciar a las personas, y soy segura de que Vicente no es un mal persona. Solo es un poco, eh... *Asshole*. — Explicó Nina, con su acento que terminaba siendo muy agradable al oído.

Escuchar aquello fue fascinante. Ella reconocía abiertamente que, de una forma u otra se aprovechaba de tíos como Vicente, para continuar con su carrera, y seguramente también lo disfrutaba, después de todo, Vicente es un titán.

—*Ok*, vamos a probarnos los *swimsuits*. —Dijo Nina, emocionada.

En efecto, Nina tenía una maleta con un montón de trajes de baños, o *swimsuits*, como los

llamaba. Tenía al menos unos tres, todos con la etiqueta. Eran todos muy *fashion* y muy bonitos. Ya comenzaba a emocionarme.

En principio, me daba un poco de vergüenza. Soy delgada, tengo un abdomen bastante decente para el poco ejercicio que hago, pero aun así me sentía un poco avergonzada de mostrar mi cuerpo.

Nina por su parte se desnudó por completo desde el primer momento; y pensé que era la típica actitud de mente abierta y tolerancia al sexo de los escandinavos. Además, con aquel cuerpo, no podría ser para menos.

La tía parecía esculpida por un escultor de esos de la antigüedad. Solo le faltaba una pequeña hojita cubriéndole el coño, pero tampoco le interesaba demasiado enseñar eso, y pude ver un pequeño tatuaje de aves muy cerca de la zona que Vicente probablemente deseaba conocer.

Primero me dio un bikini, y desde que lo vi, me pareció excesivamente pequeño, pero Nina insistió. Fui al baño, me desnudé, y me puse aquel pequeño traje de baño. Al parecer, Nina tenía razón, me quedaba bien, así que salí a enseñárselo.

—*So hot girl!* —Exclamó Nina, animada—. Te ves bien Michelle, pero, date la vuelta. —Me pidió.

Nina parecía complacida, y cada vez me sentía más cómoda con mi cuerpo frente a aquella escultura del renacimiento completamente desnuda. Pero, cuando había girado 180 grados, su rostro cambió.

—*Omig*, tu, eh, tu culo, Michelle, está enorme. Yo creo que se ha tragado la *pantie*. —Dijo Nina, y comenzó a reír.

Al escuchar aquello, me toqué el culo, y en efecto, no podía encontrar la tela. Aquél bikini no estaba hecho para lo que llevaba atrás. Lejos de sentirme triste por aquello, me sentí halagada, y me contagié de la risa de mi nueva amiga del norte.

—*Next!* —Exclamó Nina.

Este era un traje de baño de una sola pieza, que Nina había descrito como estilo brasileño. Para este, ya sentía mucha más confianza con ella, por lo que me deshice del pequeño bikini que me había dado primero, y me puse mi nueva opción de una sola pieza.

—Nina, ¿Es en serio? —Le pregunté, y comencé a reírme.

—*Hvad!?* —Preguntó, también riendo, y entendí que decía *qué* en su idioma—. Esto está *trendy*. ¿No lo gustas?

—Está muy bien, pero, creo que estaría mejor para mi luna de miel. Eh, mi, *honeymoon*. —Le dije, asegurándome de que entendiera mi sarcasmo.

Era un traje de baños muy bonito de una pieza, con un gran escote en la espalda. El problema era que la parte que se supone que debería cubrirme el coño, era excesivamente fina.

—Es verdad que está una poco fina. —Admitió Nina.

—¿;Un poco! —Exclamé, y continué riendo—. Tía, siento que esto me está violando. Apenas dé un paso, me lo voy a tragar. —Le dije.

Nina no tuvo objeción, y me ayudó a quitarme aquél traje que podría funcionar como ropa para darle un buen regalo a un tío.

—Si gustas, te lo puedes quedar. *You know*, para tu *honeymoon*. O para sorprender tío que gustas. —Me dijo, doblando con cuidado el fino pedazo de tela y obsequiándomelo.

—Eres muy amable Nina. —Le dije, y le di otro abrazo, el cual interrumpí inmediatamente al percatarme de que estábamos completamente desnudas—. Pero, creo que a quien sea que le muestre esto, se va a poner celoso.

Mi nueva amiga, a quién cada vez sentía más cercana, aunque teníamos muy poco de habernos

conocido, me pidió que revisará entre todas sus opciones, y que escogiera yo misma uno que creyera que me iría mejor.

El bolso con todas las opciones de paquete estaba en el borde de la cama. Yo estaba inclinada, intentando de decidir cuál de todas esas opciones sería la mejor para mí, cuando escuche que la puerta se abría.

—¿Qué tanto hacéis? —Escuché decir a Vicente.

—¡AHHH! —Grité.

Al escuchar a Vicente, sabía que había visto mi culo en todo su esplendor, pues la cama estaba justo frente a la puerta de nuestra habitación, la 69, y yo estaba de espaldas, o de culo, a la puerta, viendo la maleta.

Mi amiga Nina no se inmutó. Estaba completamente tranquila, con las manos en la cintura, y totalmente desnuda.

—*Why didn't you knock the door?* —Dijo Nina en perfecto inglés a su acompañante, Vicente.

—*Why didn't you close it?* —Respondió Vicente, en un inglés sorprendentemente fluido.

Yo en cambio, apenas entendí lo que estaba ocurriendo, tiré de la sabana de la enorme cama de la habitación, y me envolví en ella como pude, sintiéndome avergonzada, y, sin darme cuenta, también sintiéndome atraída por la idea de que a Vicente le gustase lo que había visto.

—No te preocupes, Katherine, quiero decir, Michelle. Tenía mi atención fija en el tatuaje de Nina. —Dijo Vicente en un tono burlón.

No respondí. Realmente no me importaba si había visto, lo mismo se me vería casi todo el culo con cualquier traje de baño que usara. Pero, no me gustaba la idea de que me viera sin que yo lo consintiera, sentía que la desnudez era un poco un regalo, un derecho que tenían que ganarse. Es cierto que no era muy difícil que yo concediera ese premio, pero aun así.

—*Get out.* Nosotras os avisamos cuando estamos finalizadas. —Le pidió Nina a Vicente.

—Pasad seguro. —Dijo Vicente, y cerró la puerta.

—*Asshole.* —Escuché a Nina decir como para sí misma—. Ya se ha ido, amiga. —Me dijo Nina, tocándome por encima de la sabana.

—Qué vergüenza. —Dije, sin sentir realmente vergüenza.

—No hay razón de ponerse preocupada. —Me dijo Nina, y fue a pasar llave.

—Vale. Pero, ¿Crees que me ha visto? —Le pregunté, con más lujuria que preocupación.

—*That butt!?* Por supuesto que lo ha visto. Yo creo que debo hacerme, eh, celosa. —Respondió Nina, apoyando su mano en mi hombro y riendo—. *Ok, ¿Has decidido already?*

—Eh, me ha gustado este. —Le dije, indicándole el conjunto de dos piezas.

Nina asintió sonriendo, con cara de satisfacción, como diciendo que aquella era la elección perfecta. Pero aún debía probármelo.

En efecto, era la mejor opción para mí. Era un traje de baño de muchos colores con tiras de color anaranjado. Me gustaban mucho los colores. La *pantie* era distinta a las de los bikinis normales, era de este modelo que ha estado muy de moda últimamente, hasta la cintura, y más grandes que los convencionales. Me gustaba mucho.

—¿Qué crees? —Le pregunté a la jueza Nina, dando la vuelta decisiva.

—Yo creo que iré a llorar. —Dijo Nina, aplaudiendo y limpiando sus lágrimas invisibles—. Este *swimsuit* es hecho para ti, Michelle. Yo creo que aquél chico, Leo, va a permanecer muy sorprendido.

Escuchar aquellas palabras me emocionó mucho. La verdad es que me sentía muy bien utilizando ese conjunto de dos piezas. Era moderno, y parecía hecho especialmente para mi cuerpo.

Cuando mencionó a Leo, recordé su existencia. Con todo lo que había ocurrido en tan poco tiempo, había olvidado por completo que mi razón principal de estar aquí esta noche, era para follar con él.

—¿Deberíamos ir afuera para tener diversión? —Me preguntó Nina.

—¡Sí! —Exclamé, animada—. Pero, Nina, estás completamente desnuda.

—Estáis de mente muy cerrado aún. —Dijo Nina, y fue a buscar alguno de los trajes de baño de su colección.

Escogió uno de una pieza que parecía sacado directamente de algún comercial de perfume muy costoso. Era negro, de tela gruesa y con aperturas a cada lado. Se veía muy bien, y lo hizo aún mejor con enormes tacones. Salimos tomadas de la mano a la piscina.

—No es difícil, solo debes tener los datos ordenados. —Escuché que le decía Vicente a Leo, sorprendentemente animad, al borde de la piscina.

—¿Ya estáis novios? —Preguntó Nina, sarcástica.

—Nos preguntamos lo mismo —Dijo Vicente.

—*Ja*, hemos hecho amor. —Respondió Nina, sarcástica.

A Vicente no pareció disgustarle ni un poco aquella idea. Leo, por su parte, comenzaba a verse cada vez más inocente. Ambos se pusieron de pie, como para ir a por cada una de nosotras.

Al ponerse de pie, me percaté de que Vicente llevaba poca ropa. Su traje de baño consistía en tan solo un calzoncillo de baño, que dejaba ver un enorme bulto, y unas enormes piernas, duras y perfectamente marcadas.

Su abdomen no era menos impresionante. Los cuadritos estaban perfectamente trabajados, y en su cintura ostentaba esos surcos que denotaban perfectamente toda su figura, y que solo los futbolistas más ricos y atractivos parecían tener.

Leo, por su parte, disfrutaba de un cuerpo mucho menos llamativo, pero también sabía que estaba siendo opacado por el cuerpo esculpido en mármol de su inesperado compañero Vicente, y que, en otras circunstancias, habría atraído muchas miradas, pues también estaba muy bien.

Ambos chicos comenzaron a acercarse a su respectiva pareja. Al decir verdad, no me habría disgustado ni un poco que se hubieran confundido, lo mismo me parecía que a Nina le gustaba más el mío que el suyo. Además, Nina y Leo ya me parecían personas de diez, así que seguro la pasarían bien.

Pero ninguno de los dos se confundió. Vicente fue lentamente hacia Nina, decidido, un poco como haciéndose rogar. Cuando llegó, la tomó por la cintura, y Nina elevó sus enormes piernas como mecánicamente y quedó guindada así, sostenida por los enormes brazos de mi jefe.

Leo, por su parte, fue encantador, vino corriendo a mí, me cargó y me dio un beso, recobrando la intensidad con la que se había presentado en la entrada de *Softcess*. Su abdomen también estaba muy bien, estaba tan bien trabajado como el de Vicente, pero en menor escala, y probablemente sin tantas ventajas, además de ser mucho más delgado por su dieta.

Pasar tanto tiempo fuera de la cama con uno de mis amantes no era tan solo una cosa inusual, sino completamente rara y que nunca había ocurrido. Por un lado, siempre me había asegurado de mostrar tan solo el interés necesario para ir a la cama, follar un poco y decir adiós. Cuando el tío de turno era muy joven, a veces se quedaba en mi casa, y a la mañana, me declaraban su amor.

Sin embargo, este era un caso completamente distinto, y tenía que ver con muchos factores. Por un lado, supongo que Leo es un poco así, un tío animado, tranquilo, tal vez en serio resulte ser un surfista. Y por el otro, esta enorme coincidencia de estar en el mismo hotel que donde le reserve a mi jefe para que follase.

Estos dos factores habían alterado las cosas, me habían hecho cambiar por completo mis

hábitos, lo cual no estaba demasiado mal, pero me sentía vulnerable. Sentía mucho cariño por esta tía, y a la vez, sentía celos, y sentía entre atracción y un poco de pena por Leo, a quien sentía que no le estaba dando la atención que merecía.

Los primeros en entrar en la piscina fuimos Leo y yo, pero no por iniciativa propia. Lucas y yo estaba sentados al borde, con nuestros pies en el agua, charlando de cualquier cosa, de vez en cuando dándonos algunos besos, iniciados por él.

Luego, Leo me dijo que nos pusiéramos de pie, y nos sentáramos al lado de nuestros compañeros incidentales. Accedí, porque quería volver a hablar con Nina, pero, tan pronto como estuvimos de pie, Vicente nos empujó directo al agua.

No sé nadar, y no me gustaba demasiado lanzarme a la piscina. Prefería entrar lentamente, primero sentándome, y luego entrando. Pero Vicente no me dio tiempo de entrar, y fue un momento aterrador para mí.

Pero tan pronto como mi cabeza estuvo fuera del agua, comencé a reír. Tal vez mi risa estaba un poco impulsada por mis nervios, pero debo admitir que fue muy divertido. Leo por su parte, estaba como pez en el agua.

Nina se apresuró de inmediato a ver cómo estábamos, y a llamar a Vicente de una forma ininteligible, probablemente algún insulto en danés. Vicente no tenía complejos de ser insultado en otros idiomas.

Abrazó con fuerza a Nina, acto que me produjo muchos celos, pero de pronto, el aparente amor que compartía con su amante, era solamente un truco para lanzarse con ella a la piscina.

Debo admitir que estar en la piscina con estas personas fue realmente divertido. Jugamos un montón, por momentos nos dejábamos llevar con nuestras respectivas parejas, pude charlar con Nina, e incluso recibí un elogio de Vicente, quien dijo que aquél traje de baño, el *swimsuit*, como diría Nina, me quedaba muy bien.

Pero, algo más se cocía en ese rato agradable, y aparentemente inocente. Podía notar como Vicente me buscaba, me molestaba, me cargaba, y buscaba maneras de estar más cerca de mí.

Todo se hizo completamente aparente cuando Leo y Nina estaban hablando sentados en la orilla, Vicente estaba nadando con un increíble talento y velocidad, y yo dejaba caer un chorro de agua sobre mi cabeza.

Luego, cuando quise sentarme en la orilla, no lo conseguía, y por supuesto, mi culo estaba al aire. De pronto, sentí como comenzaba a subir sin problemas. Era Vicente que me estaba ayudando, y cuando casi llegaba, sentí como me apretó las nalgas, y cuando volteé a verlo, sorprendida, me guiño el ojo y volvió a hacer piscinas.

Ni siquiera pensé nada en aquel momento, pero lo entendía perfectamente. Quiere algo más, se ha fijado en mí, me ha notado, le he gustado por detrás. Pero no le di mayor importancia aquello, y me senté al lado de Nina, a su izquierda, mientras Leo estaba a su derecha.

—Os he contado que la pasaremos muy divertido en la piscina. —Dijo Nina, y nos rodeó con los brazos, como si fuéramos amigos de toda la vida.

—Está muy bien esto. —Admitió Leo, y se sacudió su hermoso cabello.

—Gracias por la sugerencia, Nina. —Le dije.

—Qué ternura, los mejores amigos. —Dijo Vicente, al salir de la piscina—. Si queréis, podéis ir a la 69. Vaya número nos ha tocado.

—*Ok*, tu puedes permanecer en la *sixty-eight*. Nosotros podemos tener una *threesome*. ¿Sí? — Nos dijo Nina, abrazándonos más fuerte.

Leo y yo nos miramos. Sabía que Leo estaría encantado de poder hacer un trío con las dos. Yo por mi parte, no me siento especialmente atraída por las tías, así que tampoco me hacía ilusión.

De haber sido con Vicente y Leo, creo que la cosa habría cambiado.

—Al menos podéis invitarme a ver. —Dijo Vicente, y sentí su mirada encima de mi cuerpo—. Eh, Michelle, o Katherine. ¿Haces ejercicio? —Me preguntó, sin quitar la mirada de mí.

Quise responder “¿Follar cuenta?”, pero preferí evitar aquello.

—No mucho, cuando estaba en la universidad iba a un gimnasio, y estuve en *ballet* hasta los quince. El *ballet* da un buen cuerpo. —Respondí.

—No he dicho que tengas un buen cuerpo. —Dijo Vicente, con su mirada clavada en mí.

—Pero, sí que lo tiene. —Dijo Leo.

—Está muy guapa. —Dijo a su vez Nina.

—No he dicho que no lo tenga. —Concedió Vicente.

—¿Y tú Leo? ¿Tú trabajas tu cuerpo? —Preguntó Nina, con un interés sospechoso.

—Eh... Si, por supuesto. Pero no soy nada organizado ni voy al gimnasio. Me gusta el deporte, ya sabéis, siempre que puedo salgo a escalar, me gusta el *surfing* y siempre que puedo también lo hago. También hago *parkour*, creo que me gustan los deportes extremos. —Dijo Leo, cada vez animándose más.

—*Wow*, eso está impresionante. —Respondió Nina, con una admiración que sentí exagerada, y comenzó a acariciarle el cabello a Leo, como si no notase lo que hiciera. No me molestaba en lo absoluto.

—¿Y tú Vicente? ¿Te ejercitas mucho? Porque eso parece, eres un semental. —Se preguntó a sí mismo, exagerando una voz femenina—. ¿Te parece? Vaya, muchas gracias. Sólo me ejercito de lunes a lunes a las seis de la mañana, ya sabéis, la rutina de una persona exitosa. —Se respondió a sí mismo.

Leo lo miró sonriente, y aunque probablemente le pareció una actitud no demasiado agradable, estaba muy concentrado en sentir las caricias de Nina en su cabello. «Los dos son muy guapos, por mí, deberían follar toda la noche», pensé, y sonreí para mí misma.

Durante este tiempo, Vicente había estado de pie cerca de mí, y su polla, cubierta por su traje de baño, estaba considerablemente cerca de mi cabeza. Finalmente, se sentó a mi lado, y como si no se diera cuenta, comenzó a acariciarme la espalda, a darme pequeños masajes con sus dedos, que se sentían increíblemente bien.

En esa situación nos encontrábamos. Ninguno decía nada, ninguno miraba más allá de la piscina. Los dedos de Nina se enredaban en los bonitos risos de Leo, mientras los dedos de Vicente, de vez en cuando se colaban en la piel de mi espalda, debajo de la tela del sostén.

En cierto punto, probablemente por el frío que comenzaba a hacerse más intenso, todos nos lanzamos a la piscina por última vez. Permanecemos un rato, y acordamos que ya era suficiente, y que deberíamos ir a nuestras habitaciones.

—Os vais a la sesenta y nueve. —Dijo Leo, riéndose.

—*Sixty-nine*. Respondió Nina.

Cuando nos salimos, Nina y yo temblábamos de frío, y mientras nuestros acompañantes nos buscaban una toalla, compartimos un abrazo, que no hizo mucho por calentarnos, porque estábamos hechas una sopa.

Leo y Vicente comenzaron a planificar algo entre los dos, y se podía ver como reían, pero no podía imaginar que podrían estar planeando. Y cuando me disponía a decirle a Nina que estuviera atenta, ambos comenzaron a correr hacia nosotras.

Cada uno cargó a una por el hombro, como bomberos. Pero, ninguna de las dos fue tomada por el que correspondía. Leo cargó a Nina, y Vicente me cargó a mí. Luego comenzaron a correr, seguramente para dejarnos en nuestras respectivas habitaciones.

Ambas gritábamos, entre aterradas y divertidas; sabiendo que ninguno de los dos nos dejaría caer. Además, pude sentir la espalda musculosa de mi jefe. Sentía que podía estar así toda la vida.

Pero, *mi bombero* no siguió la dirección correcta. Habíamos llegado a otras cabañas, un poco más apartadas. Vicente me tomó por el culo, lo apretó con ganas, y me bajó. Tal como Nina había hecho antes, mis piernas lo rodearon instintivamente.

No había nadie allí, y Vicente lo sabía perfectamente. Con sus manos en mi culo, y mis piernas y mis brazos rodeándolo como un koala, nos besamos. Fue un beso explosivo, salvaje, desesperado. Era un beso surgido de la necesidad, el hambre que sentíamos el uno por el otro, y que nunca habíamos admitido.

Vicente me bajó con cuidado, y tenía una enorme erección.

—No puedo llegar así con los demás. —Dijo Vicente, mirándose la tienda que formaba el ángulo de su polla con el traje de baño.

Iba a responder, pero me volvió a besar con pasión. Sentía su lengua peleándose con la mía, desesperada, buscando más de lo que había, queriendo mucho más. Mi respiración comenzó a agitarse.

—¡Katherine! —Escuchamos gritar a Leo.

—¡Michelle! —Gritó a su vez Nina.

Aún se escuchaban lejos, y Vicente me pidió que les dijera que fue a su coche, para hablar desde la línea, y asegurarse de que no tenía ninguna llamada importante.

—¡Vicente se ha estado confuso! —Dijo Nina, sonriendo, y sabiendo muy bien lo que había pasado.

—Vaya error. —Dijo Leo, inocente y sonriente—. Por cierto, ¿A dónde se ha metido vuestro amigo? —Preguntó.

—Ha ido al coche, dijo que revisará el teléfono, para asegurarse de que no tiene llamadas importantes. —Mentí tan bien como pude.

Nadie dudó ni por un segundo, y emprendimos nuestro camino a la cabaña donde estaban las habitaciones 68 y 69; que, de haber sido personas, probablemente ya estarían muy impacientes de que alguien follase en ellas.

Cuando llegamos a nuestra cabaña, que compartíamos sin haberlo planificado, Leo me preguntó si entrábamos. Pensaba que se refería a que solo entrásemos él y yo. Y, por un lado, estaba húmeda, y no era por él. Y por, el otro, no quería dejar a Nina sola afuera. Pero Nina me cogió del brazo, y entramos los tres a la 68.

—Si me disculpáis, voy a secarme. Ya regresó. —Nos informó Leo, y entró al baño.

Las habitaciones eran bastante grandes, se sentía como pequeñas suites, por lo cual, el baño estaba lo suficientemente lejos como para estar seguras de que Leo no escucharía ni una palabra de lo que mi nueva amiga escandinava y yo habláramos.

—¿Cómo se ha sentido besar a Vicente? —Me preguntó Nina, con un aire de complicidad que, visto desde afuera, nadie habría esperado.

Al escuchar esta pregunta, me puse muy nerviosa, y no podía responder nada.

—¡No tienes que ponerte preocupada! —Exclamó Nina—. Está bien, no me importa nada. Te voy a decir la realidad, quiero *sex* con él. —Dijo Nina, y señaló al baño.

—¿Te gusta Leo? —Pregunté, sonriente, sabiendo perfectamente la respuesta.

—¡Por supuesto! Es un tío tan lindo. Me gusta su cabello, y ha mencionado que practica aquellas deportes peligrosos. —Admitió Nina, entusiasmada.

—La verdad es que creo que ustedes son personas muy buenas. Es todo tuyo, amiga, pero, ¿Y Vicente? —Pregunté, esperando obtener la respuesta que quería.

—Está muy sencillo. Tu simplemente vas a su habitación, él hará lo demás. —Dijo, tranquila.

—Vale. —Respondí, y sentí un frío recorriendo mi estómago—. ¿Y Leo?

—Leo es mío. —Respondió, y comenzó a reír—. Ten, es la llave de la *sixty-nine*. —Me dijo, dándome la llave de su habitación, que ahora era mía.

Recibí la llave sin pensarlo, y abracé fuerte a Nina, quien había hecho tanto por mí en tan poco tiempo. Quise pedirle una forma de comunicarnos, pero sabía que la volvería a ver por la mañana, así que salí.

Cuando iba cerca de la puerta, escuché salir a Leo.

—Nina, sigues aquí. —Dijo Leo, con voz complacida—. ¿A dónde vas, Katherine? —Me preguntó.

Pero, antes de responder nada, Nina de encargó de todo.

—Michelle se hará cargo de algo de su trabajo, con Vicente. Tranquilo, yo permaneceré contigo. —Escuché decir a Nina, con una seguridad que me pareció tanto divertida como admirable.

Cuando estaba cerrando la puerta, pude ver a Nina deshaciéndose de su sostén, con un aire de confianza que me pareció increíble para alguien que probablemente era considerada como débil para la mayoría. También pude ver a Leo saltando hacia la belleza escandinava que tenía en frente casi desnuda. «Estarán bien», pensé, divertida.

Al encontrarme a mí misma afuera, comencé a temblar. Por supuesto, sentía muchísimo frío, pero, era algo que venía desde adentro. Tenía en mis manos la llave con el número 69 impreso, y la habitación con ese simbólico número estaba justo detrás de mí, pero, me sentía insegura.

Quedé frente a las dos habitaciones. No había nada que elegir, en la 68, aquellas dos bellezas rubias estarían comiéndose vivos, y con suerte, iniciando una bonita relación. Mientras que la otra habitación estaba vacía, pero sabía que yo debía ser quien la ocupase, por supuesto, con Vicente encima de mí.

Respiré profundamente, metí la llave, y abrí. Ya conocía aquella habitación, incluso mejor que la de al lado, que era oficialmente la mía, porque aquí me había probado los trajes de baño de mi nueva amiga.

Estaba muy cálido, y al avanzar algunos pasos, y cerrar la puerta detrás de mí, comencé a sentirme más y más cómoda, así como más decidida. A cada paso, recordaba un poco más la lengua de Vicente en mi boca, desesperada, deliciosa, conquistadora, como todo él.

Llegué a la cama, la sabana aún estaba en el suelo, porque me había cubierto con ella para evitar que Vicente me viera desnuda, aunque ahora mismo esto era exactamente lo que iba a ocurrir. Y de pronto pensé que sería buena idea repetir aquella escena, pero cambiando el desenlace.

Me desnudé por completo, y me quedé de pie frente al borde de la cama, que ahora era mi cama, y dando la espalda, y mi culo, a la puerta. Me sentía extraña en esa posición, y después de unos pocos minutos, comencé a preocuparme de que Vicente llegase mucho después.

Para mi sorpresa, no tuve que esperar demasiado, y un minuto después de que comencé a temer que no llegaría, la puerta se abrió. En este momento, me pasó otro miedo por la cabeza, la idea de que entrase alguien más que Vicente entrase, pero su voz borró este miedo.

—Así me gusta mucho más. —Dijo Vicente, y escuché sus pasos, tranquilos y decididos, hacia mí.

No dije nada, ni siquiera volteé a verlo. Me mantuve en aquella posición, de pie, con las manos sobre el borde de la cama, y un poco inclinada, con mi culo apuntando hacia atrás, ahora mismo, apuntando hacia Vicente.

Los pasos se escuchaban cada vez más cerca de mí, y comenzaba a sentir el calor de Vicente, hasta que sentí el roce de algo duro en mi culo. Era la polla dura de Vicente, aún bajo el traje de baño, según lo que pude sentir.

Al sentir aquello, me estremecí, y solté un pequeño gemido. En seguida, sus brazos se deslizaron entre los míos, y les permití pasar. Luego, sentí sus manos rodeándome las tetas. Sabía que eran pequeñas, pero esto nunca me había molestado esto, y a Vicente tampoco parecía molestarle.

—¿Me deseas? —Escuche preguntar a Vicente, con una voz que no parecía de este mundo, seductora, segura, y acompañada del calor de su respiración en mi oreja.

—Sí. —Respondí, con mi respiración agitada.

—Tienes el mejor culo que he visto en años. —Me dijo, incluso más cerca del oído, y comenzó a succionar mi oreja.

—Ah, gracias. —Le respondí, mordiéndome los labios, y buscando con mis manos su piel, buscando la única tela que separaba nuestros cuerpos.

Gemía en respuesta a las succiones de Vicente, con su lengua, que sabía manejar con la destreza con la que sabía reconocer nuevas oportunidades de negocio, y yo tanteaba con mis manos, tocaba, todo era músculo, todo era perfecto y detallado, comenzaba a no poder creer lo que me pasaba.

Finalmente, toqué lo que quería tocar, y la reacción inmediata de Vicente, fue atraerme aún más hacia sí, dejándome sentir su polla en mi cadera. Tomé sus calzoncillos, e intenté bajarlas como pude, pero aquella posición no me lo permitía.

—Paciencia. —Me dijo, y mordisqueó suavemente mi oreja.

—Um. Quiero tu polla. —Le pedí, completamente guiada por mis instintos, sin poder pensar en que decir.

—Quedan muchas horas. —Dijo, y llevó su mano a mi coño.

Mi cuerpo ya se había secado por completo de la piscina, pero mi coño estaba chorreando como no lo había hecho desde hace muchos de mis encuentros casuales, en los cuales, casi siempre necesitábamos saliva o lubricante.

Vicente me tenía apesada, ligeramente inclinada, aún sostenida con mis brazos sobre el borde de la cama. Yo solo quería ponerme de perrito, y que me follara por el culo. Hace mucho no me hacían anal, y lo estaba deseando más que nunca.

—Tienes un culo de diez. ¿De dónde te lo has sacado? —Me preguntó al oído.

—Siempre lo, ah... —Intente responder, pero uno de sus dedos comenzó a entrar y salir de mi.

Vicente no tuvo que hacer mucho. Primero me acarició los labios, y el clítoris, con una delicadeza que no esperaba de aquel semental, pero que hacía incluso mejor todo lo que estaba ocurriendo entre nosotros.

Aquel dedo adentro me puso a mil, y me respiración se aceleró, haciéndome jadear al compás de su único dedo, que increíblemente me hacía sentir tan llena. Yo continuaba intentando bajarle los calzoncillos, no quería más obstáculos entre nosotros, pero continuaba resistiéndose, me tenía a sus pies.

Su lengua había bajado lentamente, habiendo recorrido desde mi oreja hasta mis comisuras, las cuales lamíó y succionó, como nunca nadie me había hecho aquello, y continuó su camino hasta mi cuello, el cual comenzó a succionar.

Sentía sus labios, y ocasionalmente mordiscos con sus dientes perfectos, que lejos de lastimarme, me hacían sentir lo que nunca había sentido. Su otra mano me acaricia el culo, y podía sentir su desesperación.

Me apretaba las nalgas, me daba nalgadas, acariciaba, como si aún buscara más, como si intentara descubrir un tesoro dentro de otro. Me manoseaba completa, y sabía que era cuestión de tiempo, sabía que pronto me haría arrodillarme, y se desquitaría con mi culo, que lo había cautivado por completo.

—Te voy a follar como nadie. —Me dijo, y sacó con cuidado su dedo de mi coño.

Me dio un empujón suave, que lejos de ofenderme, me puso más cachonda, y supe perfectamente lo que debía hacer. Avancé arrodillada sobre la cama algunos centímetros, y sentí como la cama se hundía detrás de mí con el peso del titán, que venía a follarme.

—Dame tus manos. —Me dijo.

—¿Me follarás? —Le pregunté, ansiosa.

—Dámelas. —Insistió.

Baje mi cabeza, y la apoye de un lado en la cama, dejando mis brazos libres. Vicente tomó mis manos, y las guió hasta su calzoncillo, que tanto deseaba sacarle.

—Venga, quítamelo. —Me dijo.

Como pude, voltee mi cabeza para poder presenciar aquél espectáculo. No podía aceptar sacarle los calzoncillos y no ver el centro de todo su poder. Cogí su calzoncillo y comencé a bajárselo, con dificultad en esa posición.

En cierto punto, Vicente me tomó de las muñecas y comenzó a ayudarme, hasta que la tela se atascó con la enorme cabeza de la polla que en pocos minutos tendría adentro. Era desesperante, pero ya podía ver algunas venas.

Vicente me tomó la mano izquierda, y la llevo directo a su polla, la cual rodeé de inmediato con mi mano, y la busqué desesperada. Aquello era como descubrir agua en el desierto. La necesitaba, y la acariciaba con enorme deseo, como Vicente continuaba acariciándome el culo.

Luego, me pidió que volviera a apoyarme sobre las manos, y me costó demasiado trabajo dejar de sostener aquel trozo de carne perfecto. Cuando finalmente obedecí, dejé de sentir las manos de Vicente sobre mí, y aunque fueron pocos segundos, comenzaba a entrar en desesperación, no quería que dejara de tocarme.

Se estaba quitando los calzoncillos, los cuales arrojó justo al lado de mi cara, y no pude evitar tomarlos, desesperada, queriendo lo que fuera de él. Necesitaba verlo, quería voltearme, comerme su polla entera, pero sabía que debía obedecer, esperar.

Finalmente, Vicente puso una mano en cada una de mis nalgas, separó, y pude sentir mi culo descubierto. Sin esperar demasiado, llevó su boca a mi ano, y sentí sus labios cálidos, los mismos con los que me había besado antes, pero esta vez sentía esa calidez detrás.

Se humedecía sus labios, me lamía, succionaba con suavidad. Todo se sentía tan bien, pero era muy desesperante, quería más, necesitaba más, sabía que cada cosa que Vicente tenía para darme era mejor que la anterior.

Sentí como me lubricaba con baba muy espesa, y finalmente comenzó a acariciarme con sus dedos. Sentía como me palpitaba, y sabía que eso lo ponía más loco, sabía que él estaba tan desesperado como yo, que solo quería hacerse el fuerte.

Incrementé mis gemidos a propósito, e intentaba controlar las palpitaciones, haciéndolo que no se aguantase. Este plan tuvo más éxito del que esperaba, y comencé a sentir su dedo introduciéndose lentamente.

No tuvo que hacer mayor esfuerzo, un dedo pasó muy fácil, y de inmediato introdujo el segundo. Sus uñas eran cortas y pulcra, y sus dedos gruesos y suaves me estaban haciendo retorcerme, pero quería más.

—Fóllame, por favor. —Le pedí entre gemidos.

Vicente respondió a mi petición. Se detuvo por un momento, lo cual me hizo desesperarme, y comencé a masturbarme, apoyándome de la cama con una sola mano. Vicente se estaba poniendo un condón, que no sabía de donde había sacado.

Finalmente, comencé a sentir el placer único de una polla entrándome en el culo. Al comenzar a sentir aquello, cerré mis ojos y abrí la boca, como si me estuviese ahogando, excepto que no era algo malo, me estaba ahogando de placer, y solté un gran gemido ahogado, que estimuló a Vicente aún más.

El condón estaba bien lubricado, pero su polla era enorme, no era nada comparado con sus dos dedos. Pero no sentía nada de dolor, me sentía completamente llena, como no me había sentido en muchos años, como no me había sentido nunca.

Sentí como las manos de Vicente se apoyaban en mi espalda, que acariciaba como desesperado, y su respiración se acompañaba con la mía, exhalando cada vez que me la metía, completa, hasta el fondo.

Por momentos, su ímpetu era tal, que se le salía la polla, soltaba algún gruñido, se escupía sobre el condón, y me la volvía a meter. Esto ocurrió varias veces, y absolutamente cada vez, me hacía gritar. Era como si, aun conociendo perfectamente la sorpresa, no dejaba de sentir placer, y en efecto, no dejaba de sentirlo. Aquello era cada vez mayor.

Vicente comenzó controlando sus gemidos. Pero, a medida que los míos incrementaban, y mis movimientos de cadera eran más sueltos y espontáneos, para ayudarlo a sentir aún mejor lo que me hacía, se fue desinhibiendo. Probablemente le era imposible ahogar esos gemidos.

Escuchar como aquél titán, mi jefe, quien estaba en las ligas mayores en todos los aspectos, se derretía mientras me follaba y no podía contener sus gemidos, era algo irreal para mí. Aunque, en ese momento, no distinguía esas cosas, solo sabía que un tío llamado Vicente, que estaba bueno como él solo, me estaba haciendo sentir como nunca.

Sentía que me iba a correr en cualquier momento, pero estaba contenido, no sabía lo que pasaba. El placer era cada vez mayor, y sentía como las contracciones también se intensificaban, pero estaba contenida.

Continuaba masturbándome, y la mezcla de esto con lo que Vicente me estaba haciendo, comenzaban a hacerme sentir gritar. En un momento en el que a Vicente se la salió la polla, sentí que tardó un poco más de lo que había estado tardando en volver a la acción.

Se había sacado el condón, y aquello intensificó tanto sus gemidos como mis gritos. Su voz estaba ahogada, soltaba gemidos con su voz gruesa, pero ligeramente más aguda, probablemente por lo que estaba sintiendo.

Su polla se salió una vez más, escuché como escupía, y cuando volvió a metérmela, aquella sensación fue lo que necesitaba. Comencé a retorcerme, no pude sostenerme más sobre mis manos, y quedé acostada boca abajo, con la mano en mi coño.

—AAAAAAHHHHH. —Grité, anunciando que me había corrido.

Fue el orgasmo más intenso que haya sentido nunca. Quedé completamente hecha polvo, retorciéndome en la cama.

Al soltar aquel grito, me desplomé en la cama, sintiendo que mis brazos no respondían, y sentí como la polla de Vicente se deslizaba. Pero, casi de inmediato, estando medio inconsciente en la cama, sentí un chorro caliente y espero cayéndome en la espalda.

—AAHH, joder, joder. —Escuché a Vicente.

Se había corrido tan fuerte, que no solo me había llenado la espalda, sino que mucho de su semen cayó cerca de mi cabeza. Aquello fue la guinda del pastel para mí, sentir aquello, el producto de lo que había sentido gracias a mi mejor atributo, después de mi capacidad para

escribir por supuesto, mi culo.

Vicente también se desplomó encima de mí, y sentía su polla, aún tiesa. Sentía su torso sobre mi espalda, y aquella sensación viscosa, y placentera de su semana sobre mí, su semen entre nosotros.

Mi amante, mi jefe, se recuperó más rápido que yo. Se puso de rodillas y sin decir nada, con sus manos, me indicó que me voltease. Yo intentaba recuperar mi respiración, y ya comenzaba a ver con claridad otra vez.

Obedecí a lo que me pedía, y al voltearme, finalmente lo tuve de frente. Aquello fue como de otro mundo. La visión de aquel ser musculoso y hermoso, con la polla semidura, enorme, a contraluz.

Al verlo, sonreí, y el devolvió la sonrisa. Luego, cogí su polla, decidida, e inclinándome, cerré los ojos, y comencé a chupársela como una paleta, y a acariciarla, sentir como poco a poco, aquel miembro se iba endureciendo otra vez.

Aún tenía semen, el cual limpié con mucha dedicación, sin usar nada más que mi lengua. Luego, rodeé el glande con mis labios, y lo succioné, con cuidado de no usar mis dientes.

Vicente comenzó a desplazarse hacia adelante poco a poco sobre sus rodillas, sin interrumpir lo que le hacía. Yo lo seguía como podía, arrastrándome sin sacar su polla de mi boca, sin levantar el culo de la cama.

Hasta que llegamos al otro extremo de la cama, que estaba junto a la pared. Recosté mi espalda en la pared, para estar más cómoda, saqué aquella polla deliciosa, y solté un gran salivazo, que causó una reacción muy positiva en Vicente, quien me tomó suavemente por el cabello.

Me llevé su polla nuevamente hasta el fondo, y le hice una garganta profunda. No producía arcadas, gemía, y producía una vibración en mi boca, que sabía bien que hacía a Vicente sentir incluso mejor lo que le hacía.

Descansó sus manos detrás de su cabeza, y comenzó a mover la cintura como si estuviese follándome. Yo continuaba sin quejarme, sintiendo su glande, gordo y cargado, hasta el fondo de mi boca.

Cada vez que tenía la oportunidad, utilizaba mi lengua, y veía como reaccionaba retorciéndose. Comencé a masturbarme, y cada vez se sentía mejor. El solo hecho de sentir aquel miembro en su boca.

Cerraba los ojos, y cuando los abría, veía los movimientos de cintura perfectos y de Vicente. Era como ver a un bailarín erótico, pero mucho mejor. Él se mordía los labios, cerraba los ojos, e intentaba sin éxito gemir.

Sin esperarlo, sin previo aviso, sentí el disparo de la polla de Vicente en mi boca, acompañado de todos los gemidos que probablemente se estaba guardando, haciéndose el fuerte.

Se retorció, y yo continuaba gimiendo, sin parar de masturbarme. Sabía que Vicente estaba sensible ahora, y quise torturarlo un poco, lamiéndole el glande, con toda mi lengua, haciéndolo retorcerse.

Luego, sin decir nada, me haló por las piernas, haciéndome quedar acostada boca arriba. Lo siguiente que vi, fue su enorme polla a pocos centímetros de mi cara. Al parecer, Vicente se había acordado tarde del número de nuestra habitación, solo que no era tarde en absoluto.

Al ver su cara frente a mi coño, dejé de masturbarme, y los labios de Vicente fueron directo a los labios a mi coño, los cuales comenzó a succionar con dedicación, acompañados de lamidas y de besos.

Vicente no dejaba de ser salvaje, y la arrogancia que llevaba consigo a todas partes, también la

llevaba en la cama. Pero, aquí era distinto, no se sentía como un defecto, no había nada por lo que quejarse, era incluso más un atributo que otra cosa.

Después de algunas más de sus deliciosas succiones y besos a mi coño. Bajó un poco más, recostándose sobre sus muslos, en lugar de sus rodillas, y dejó su polla muy cerca de mí, lo cual me permitió volver a llevármela a la boca.

Lo cogí del culo, y apreté aquellas nalgas, tan duras y bien esculpidas como el resto de su cuerpo. Las presionaba, y me atreví a darle una nalgada, mucho más fuerte de lo que había planeado, lo cual, contrario a lo que temía, no lo hizo molestar ni un poco.

Vicente puso sus manos debajo de mi culo, y flexioné mis piernas ligeramente, sosteniéndome con mis pies en la cama, lo que le dio a Vicente mayor control de mi coño, mi culo, y por lo tanto, de mi placer.

Mis gemidos se intensificaban a medida que Vicente se hacía cada vez más diestro en lamermel el clítoris, el cual descubría con una mano, mientras que la otra alternaba desesperadamente entre su culo, el cual continuaba azotando cada poco tiempo, y su polla, que esta vez no podía comerme con tanta destreza como hace pocos minutos debido a su enorme tamaño, comparado a mi posición.

En cierto punto, renuncié a comerle la polla, no porque no quisiera darle más placer, sino porque su *cunnilingus* me estaba haciendo retorcerme, y no podía ni siquiera pensar con claridad en nada.

Mi amante no tenía ningún inconveniente con esto, y parecía estar más que satisfecho con hacerme oral. Por supuesto, nunca pare de gemir, sino todo lo contrario, gemía con más frecuencia, gritaba, suspiraba, me ahogaba.

Vicente se acostó aún más, y pude sentir su torso, encima de mí. Llevé mis manos a su espalda y a su culo, y comencé a acariciar como podía, intentando alentarle de alguna manera. Estaba desesperada, quería hacerle saber que lo estaba disfrutando, aunque mis gemidos y mis movimientos eran suficiente prueba de ello.

Finalmente, mientras Vicente apenas comenzaba a introducirme dos de sus dedos sin dejar de lamermel el clítoris, me corrí. La intensidad apenas disminuyó en comparación a la primera vez que me corrí, teniendo la polla de Vicente en mi culo.

De nuevo, mi visión se nublo, y los intentos de Vicente por continuar haciéndome oral, aunque su trabajo ya estaba hecho, al menos momentáneamente, se hacían desesperantes, haciéndome reaccionar estrujando sus nalgas con fuerza, cada vez que me lamía el coño sensible.

Quedé echada en la cama, tratando de recuperar el aliento, completamente satisfecha, y con un rostro que no solo denotaba cansancio, sino una enorme satisfacción y placer. Aún no volvía a mí misma del todo, pero, en cuanto comencé a ver más claramente, comencé a pensar en lo irreal que era todo esto.

Vicente se acomodó, con su polla completamente duro, formando un ángulo perfecto. Se acostó a mi lado, y me habló al oído.

—Hace mucho no la pasaba tan bien. —Me dijo, y me besó con pasión.

—¿De verdad? —Le pregunté, entre besos.

—¿Cómo te sientas? —Me preguntó.

—Tampoco me había sentido tan bien en mucho tiempo. —Le dije, y reanudé los besos con mayor intensidad.

Tomé su polla con mi mano izquierda, y entre besos, y las manos de Daniel manoseando el culo, insaciable, con la misma hambre salvaje por mi culo, que yo sentía por su polla, y comencé a masturbarlo.

En poco tiempo, se corrió, y volvió a hacerlo con intensidad, llenándose su perfecto abdomen de su semen. Al ver aquello, me volteé, me arrodillé y le lame su perfecto abdomen, dejándolo completamente limpio.

Continué besándolo, insaciable, en todo el cuerpo. Quería ser su secretaria, otra vez, solo que un tipo un tanto diferente de secretaria, una secretaria que se encarga del placer de su jefe, el placer más puro.

Lo mordía y besaba, lo lamía, lo manoseaba con ganas; hasta que, en muy poco tiempo, si polla comenzó a levantarse una vez más. Sonreí con satisfacción, la tomé, le di algunas veces, para hacerle saber lo precioso que era su miembro, y decidí que estaba lista para más.

—¿Dónde están los condones? —Pregunté, con mi cara a muy pocos centímetros de la suya.

Vicente no respondió de inmediato, sino que me lamió mis labios con fuerza, lo cual nos hizo distraernos por algunos minutos, comiéndonos la boca, enredando nuestras lenguas, como si fuera una pelea, pero sin dolor, solo placer.

—Revisa mi bolso, allí hay muchos. —Dijo, y me indicó donde estaban.

Me bajé de la cama, como desesperada, y pasé por encima Vicente, quien, al ver la oportunidad, me dio una enorme nalgada, que me hizo soltar un pequeño quejido. Por supuesto, lejos de molestarme por aquello, me encantó que lo hiciera.

Revisé su bolso, y en efecto, tenía una enorme cantidad de condones, con empaques de diferentes colores. Tomé un par, y eran texturizados. Me incorporé a la cama una vez más, siendo recibiendo por otra deliciosa nalgada, cargada de deseo.

Abrí un condón con mucho cuidado, me lo puse en los labios, asegurándome de que estaba en la dirección, y lo desenrollé de esa manera en la enorme polla de mi Vicente, con la cual ya estaba muy bien familiarizada.

Mientras el condón bajaba por su enorme polla tamaño XL, mi lengua y mi boca la cubrían, y aquella sensación lo hizo gemir varias veces, e intentar tomar algo de mí, mi cabello, mi cabello.

Luego, sin explicar nada, me senté, con mi cara frente a la de Vicente, abrí las piernas, tomé su polla, con una mano, y me apoyé con la otra en la cama. Comencé a introducirme su polla lentamente en mi coño, con mi boca abierta durante todo el proceso, hasta que estuve encima de Vicente, lista para cabalgarlo como una vaquera, y con mis manos sobre su abdomen de alto relieve.

Al ir introduciendo su polla para quedar en esa posición, Vicente también emitió algunos sonidos, que fueron música para mis oídos. Escucharlo gemir de placer era casi tan rico como sentir todo lo que tenía para darme.

Vicente me tomó por la cintura con fuerza, mientras yo continuaba con mis manos en su abdomen, tan duro como su polla, y desde esa posición, pudo hacerme entrar y salir con su increíble fuerza, aunque no tardé mucho en comenzar a rebotar por cuenta propia.

El condón texturizado también aportaba placer extra, y finalmente sentir la enorme polla dentro de mi coño era demasiado. Me sentía tan llena, sentía como mis labios acariciaban aquel largo miembro, que no podía salir de mí, por lo enorme que era, me lo había metido por completo.

Así continué, cabalgando salvajemente, como si fuera una vaquera en un largo viaje. Vicente llevó sus manos hasta mi culo, que manipulaba y hacía mover mientras su polla seguía entrando y saliendo, implacable.

Los gemidos se intensificaban, y cada vez aquello se sentía mejor, cada vez perdía más y más el control de mi misma. Era increíble lo resistente que es Vicente. Otros amantes nunca habían recibido aquella posición por demasiado tiempo, lo cual nunca me ha molestado, pero esta excepción era extremadamente agradable.

Continuaba perdiendo el control de mi cuerpo, e intensificaba el movimiento de mi cadera, mis rebotes, mi cabalgar. Comenzaba a caer con mayor fuerza sobre Vicente, quien continuaba implacable, y emitía pequeños gruñidos, como una bestia, pero no una bestia aterradora, sino una que me da placer infinito.

Mis manos pasaron de su abdomen perfecto a la cama, detrás de mí. Esta posición me permitió poner mis pies sobre la cama, y subir y bajar aún más. Vicente por supuesto hacía su trabajo, tomándose y ayudándose, y metiéndola completa, como si aún quedara más, como si ni siquiera aquello fuera suficiente.

Nos veíamos hermosos en aquella posición. Y al percatarme de aquello, al notar aquel deseo y esa pasión que parecían insaciable, me sentí afortunada, y aún más cachonda de lo que estaba.

Vicente fue el primero en correrse, y lo supe porque esta vez pudo contenerlo incluso menos que las veces anteriores. Y verlo así de vulnerable, llevando su cabeza hacia atrás, y soltando un grito, fue suficiente para que yo fuera la siguiente.

Me saqué su polla como pude, y quedé echada con mi espalda sobre sus piernas. Quedamos completamente hechos polvo, y satisfechos, probablemente por algunas pocas horas, pues si había algo de lo que podía tener absoluta certeza, era que esto no era cosa de una noche.

No tenía fuerzas para moverme, y pensé con un poco de dolor que tal vez Vicente se dormiría así, sin dejarme ver su cara. Pero inmediatamente se acomodó, quedando al lado de mí. Puso su mano suavemente en mi mejilla, la otra en mi culo, y me besó, esta vez dulcemente.

—Eres un conquistador, un vencedor. Tenías razón. —Admití, y le di un beso suave.

—Te equivocas. Tú lo eres. —Respondió Vicente.

Al escuchar aquello, mi cara se tornó en profunda felicidad. No era orgullo, sino que podía saber que había logrado quitar la capa Vicente que era la de tío capullo, multimillonario descarado e imbécil. Era como pasar una prueba que nadie había pasado antes, y para la que ni siquiera me había preparado.

Vicente se quedó profundamente dormido, y soltó algo que lo hacía un ser imperfecto, un ser a la altura de los demás. Vicente roncaba, y saber aquello me hizo sentir bien, era como tener el derecho de conocer su parte más humana, era un honor.

Sentir su calor, y escucharlo ser humano, saber que bajaba la guardia, y me dejaba entrar un poco más en su vida, era algo casi agobiante, pero en el buen sentido. Era como ver algo demasiado hermoso, y no saber qué hacer.

Pude haberme quedado profundamente dormida, abrazándolo, sintiendo su calor. Pero, sentía algo más, me sentía libre, sentía que por fin había superado un largo episodio de mi vida, y ahora, tenía que comenzar uno nuevo.

Me separé de Vicente con mucho cuidado de no despertarlo, lo arropé, y comencé a buscar como loca en todos lados por un lápiz y un papel. Revisé el bolso de Vicente, y por suerte, conseguí un bolígrafo y un papel. Por supuesto, le notificaría de este préstamo en la mañana.

Convenientemente, nuestra habitación, la *sixty-nine*, tenía un escritorio con una lámpara. Me enrollé en una sábana, estando completamente desnuda, me senté, y comencé a escribir un manuscrito.

Eran las dos de la mañana cuando comencé a escribir, y continué escribiendo, sin parar. No podía parar, no paré ni siquiera para ir el baño, las palabras salían de mi mente, directo al bolígrafo.

Llené ocho páginas, las únicas disponibles. Cuando terminé, daban las cuatro de la mañana, y pude haber escrito más, pero no tenía más papel, y estaba agotada. Reuní las hojas, las metí en una gaveta del escritorio, regresé el lápiz al bolso de Vicente, y me metí entre las sábanas con él.

Cuando desperté, escuché pequeños gemidos gruesos, que me recordaron a lo que había pasado anoche. Me incorporé, y pude ver a Vicente, aun completamente desnudo, con su culo muy terso, haciendo lagartijas. Estime que llevaba al menos 150 repeticiones.

Cuando terminé, se puso de pie, y dejó ver un cuerpo impresionante, incluso más favorecido por la luz de la mañana, dejando ver unos pectorales tensos y pronunciados, por el trabajo que había hecho.

—Buenos días guapa. —Dijo, e hizo bailar sus pectorales.

—Vaya, ¿Puedes hacerlo con música? —Le pregunté, tratando de ser divertida, pero completamente babeada.

—Claro. —Dijo, silbó una melodía, y los hizo bailar.

—¡Pero que talento! —Exclamé, aplaudiendo.

Tomamos una ducha juntos. Todo estaba siendo muy romántico, y estaba bien así, pero, inevitable, Vicente terminó follándome en el baño. Fue la mejor ducha que haya tomado en mucho tiempo.

Nina llegó a nuestra habitación, tranquila y segura, como siempre. Me trajo ropa limpia, un bonito vestido playero, con diseños de flores, y un bonito escote. Ella también vestía uno. Estuve muy feliz de verla.

Leo llegó luego. Parecía hecho polvo, y cuando lo vio entrar, Nina me guiñó el ojo y sonrió, indicando que todo había salido muy bien. Me sentía como nunca, todo parecía estar yendo de maravillas.

Tomamos el desayuno los cuatro juntos, y hablamos más abiertamente de lo que estaba acostumbrada sobre lo que hicimos aquella noche. Sorprendentemente, Nina y Leo nos habían ganado, follaron hasta las cinco de la mañana, y se veían muy felices juntos.

A ninguno nos causó mayor problema vernos con quienes eran las parejas de la otra persona, porque todos sabíamos que, de una forma u otra, así debía ser, así debíamos estar, aunque haya sido por pura suerte, así estábamos perfectamente.

Vicente pagó las habitaciones por el resto del fin de semana, y dijo que después de trabajar, solo por cuatro horas, podíamos ir a dar un paseo en su avión privado, y luego, podríamos ir a un buen restaurante.

No mentía, nos dio un paseo en su avión privado, el cual no pilotó él, en sus propias palabras, para pasar el tiempo conmigo. Aquellas palabras me hicieron sonrojarme por completo, y casi quise llorar.

Durante los dos días, en las horas en las que Leo y Nina estaban follando como conejos y Vicente estaba trabajando, porque Vicente sí que trabaja mucho cuando no está llevando una vida de multimillonario, yo escribía.

Por supuesto, el fin de semana perfecto pasó. El domingo en la noche, le pregunté Nina cómo podríamos vernos otra vez, y, sonriéndole a Leo, su Leo, me dijo que desde hace tiempo había estado planeando quedarse por una temporada, tal vez estudiar algo.

Tenía dos nuevos amigos, Nina, quien de alguna forma era mi competencia, y Leo, a quién me iba a follar, primero. Y ahora, Vicente, ¿Qué pasaría con él?

Cuando ya Vicente ya se había dormido, y yo iba a escribir, no pude escribir. La idea de que luego de este pequeño sueño, esta pequeña y agradable coincidencia, todo volvería a la normalidad, tal vez Vicente me despediría, porque no le convendría tenerme allí.

En efecto, Vicente me despidió, y en su lugar, me dio un cargo para hacerme cargo de la redacción de documentos, comunicados, discursos y presentaciones. No me sentía demasiado calificada para ese curro, pero lo mismo era un poco una excusa para mantenerme cerca.

Durante toda la semana, nos quedábamos los últimos en la empresa, y follábamos en su oficina. Me folló de pie, con las tetas en la pared de vidrio, con una vista perfecta a la ciudad. Me folló sobre el escritorio. También dormimos en el suelo, tomando vino, hablando.

Y cuando no follábamos, escribía para él y para la empresa. Pero, cuando no escribía por trabajo, escribía de verdad, escribía para mí. No me arrepentía de todo el tiempo que pasé follando con desconocidos cada día, casi sin interrupción. Después de todo, de eso se trataba mi novela, cuyas páginas continuaban aumentando con el paso del tiempo.

Sin embargo, definitivamente lo había estado haciendo más y más como una especie de excusa, una manera de evitar salir adelante, intentar amar a alguien, follar con una sola persona, y escribir. Y había pasado tanto tiempo huyendo de la idea de realmente ser una escritora.

Eventualmente, me mudé con Vicente. Aquello pasó sin planificación. Vicente tenía una gira por Estados Unidos y Canadá, y me pidió ir con él, ya sabéis, el trabajo, ayudarle a redactar sus discursos. Y follar, que cada vez se convertía más y más en hacer el amor, más que solamente follar.

Después de aquella gira, me quedé en su mansión, y en su habitación, por supuesto. Y a partir de aquí, no hubo vuelta atrás, terminé viviendo con Vicente. Terminé viviendo con el jefe multimillonario y capullo que me intimidaba y me atraía en partes iguales.

Cuando el fin de mi novela llegó, le revelé a Vicente esta importante parte de mi vida. Le di el manuscrito, el cual leyó por completo en un día. Al terminarlo, me dio una mirada intensa, de desaprobación.

—Amor, odio tu novela. —Dijo Vicente.

—¿Por qué? —Le pregunté, sintiendo como el corazón se me rompía.

No era que no aceptase la crítica, pero, escuchar aquello de sí. Pasé toda la noche llorando, y no dormí con Vicente en la cama. Me sentía completamente destrozada, quería algo más concreto, quería una explicación.

En la mañana, Vicente me despertó, me abrazó, y me explicó porque había dicho aquello.

—Tu novela es excepcionalmente buena. —Me dijo.

—¡No mientas! —Le respondí, enojada.

—No miento, me he reído un montón, me he preocupado por el personaje, Katherine. Me he puesto cachondo con las escenas de sexo. —Me dijo Vicente—. Pero, la idea de que todo eso haya ocurrido, perdona, soy un capullo. Yo te pedía que reservaras hoteles para mí y cualquier tía. Perdona. —Dijo Vicente, en un tono que jamás habría pensado escuchar en él.

Entendía bien a lo que se refería. Le dije que todo estaba bien, y le aseguré que eso era cosa del pasado, que él ha sido el único que me ha dejado verdaderamente satisfecha.

Al día siguiente, Vicente me dio la noticia de que mi libro había sido publicado, con mi nombre en él, y que comenzaría a distribuirse en dos semanas en todas las librerías, y me aseguró que estaba orgulloso de mí, y de mi novela.

Mi primera novela, *Amantes anónimos*, si terminó por convertirse en un *best-seller*, comencé a ir a conferencias, a firmar autógrafos. Y por supuesto, no he parado de escribir, ni de follar con Vicente, quien también ha probado a escribir su propio libro, por diversión, ya sabéis, el no necesita el dinero.

Ahora mismo, estoy por terminar de escribir mi segunda novela, y Vicente está esperando un bebé, de mí por supuesto. Nunca creí que una pequeña coincidencia, cambiaría mi vida de esta manera, eso sí, estas coincidencias, también hay que saber aprovecharlas, y yo lo he hecho con Vicente.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestras lectoras.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis
recibirás gratis "La Bestia Cazada" para empezar a leer :)*

www.extasiseditorial.com/unete
www.extasiseditorial.com/audiolibros
www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

*[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)*

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

*[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)
[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)*

[Sumisión Total – Alba Duro](#)

*[10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo](#)
[\(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!\)](#)*

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me críe. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. *“¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”*, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos

hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo?—pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.